

BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

WATERGATE

CURTIS GARLAND



WATERGATE

CURTIS GARLAND

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.256

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTÁ — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

SS

SERVICIO SECRETO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.249. — Asesinato en el Mundial-74.

En Colección PUNTO ROJO:

642. — La helada voz de los muertos.

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 30.857 — 1974

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: setiembre, 1974

© Curtis Garland — 1974 texto

© Jorge Sempere — 1974 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2

Barcelona - 1974

«Watergate no es ninguna palabra enigmática. Es, simplemente, el nombre de un lujoso edificio y de un hotel de Washington, D. C., capital federal de Estados Unidos de América.

Su relación con problemas políticos y espionaje electoral, está en todos los diarios y boletines informativos desde hace muchos meses.

Esa es una historia que se resolverá en su día. O que quizá no se resuelva nunca.

La nuestra... es otra historia, que diría Kipling. Nuestra historia es también política-ficción. Y suspense e intriga, en torno a la presidencia de Estados Unidos, y en torno a unas horas dramáticas en Washington, en un momento que no se ha dado aún, ni posiblemente llegue a darse jamás, aunque hubo algo muy parecido en Dallas, y también en el hotel Ambassador de Los Angeles —curioso: otro hotel, otras elecciones... — hace ya de ello algunos años.

Así, en nuestra ficción, un hotel ya conocido, un edificio tristemente popular en nuestro confuso tiempo actual, va a ser el centro de toda la trama, el punto-clave de algo que pudo suceder, o que quizá suceda algún día...

Pudo ser cualquier otro sitio, cualquier otro edificio, cualquier otro hotel, pero... ¿por qué no Watergate Building?

¿Por qué no?»

PRIMERA PARTE

COMLOT

Capítulo Primero

«OPERACION ARAÑA»

SE llamaba Milton Jarrod.

Había sido él la persona elegida, porque quizá nadie como Milton Jarrod podía ocuparse de una tarea semejante.

Los que lo escogieron sabían lo que hacían. No actuaban, ciertamente, guiados por ningún instinto o por una corazonada. Ni tampoco al azar o guiados por simpatía alguna.

De ello no podía salir otra cosa. Milton Jarrod era el hombre idóneo. Y a él se recurrió sin pérdida de tiempo. Pero también sin precipitaciones.

La precipitación no entraba en los planes de aquella gente. Y Milton Jarrod había sido previamente advertido de ello cuando se le encomendó el asunto:

—Nada de prisas. Ni un paso en falso. Todo ha de ser escrupulosamente medido, planeado en sus más mínimos detalles. Ni un detalle se dejará al azar. Ni un elemento suelto o improvisado. Es como una partida de ajedrez. Como un problema matemático.

A Milton Jarrod le había gustado eso. No le satisfacía trabajar precipitadamente, o intentar cosas contra reloj. Nada de eso. Lo importante era calcular, preveer, estudiar. Y luego, con todos los factores bien definidos, con todas las probabilidades bien favorables... actuar.

Y en ese terreno, nadie como Milton Jarrod.

Nadie sabía actuar como él. Sus contratantes lo sabían. Y por eso habían contratado a su hombre idóneo. Era un primer paso certero.

Y también con dinero. Con mucho dinero.

Milton Jarrod aún sentía entre sus dedos el crujido agradable de los apaisados papeles verdosos. Dólares en abundancia. Billetes de cien. Tres fajos con cincuenta billetes cada uno. Quince mil dólares. Y era sólo el principio.

Quince mil dólares por cumplir con su trabajo habitual. Era un buen precio para empezar.

Sería un dinero ganado a pulso. Ganado del único modo que Jarrod sabía ganar dinero y sabía trabajar: matando a alguien.

Sí. Matar era un buen oficio.

Para Milton Jarrod, cuando menos, siempre lo había sido. Desde que comenzara, siendo muy joven, con el Sindicato del Crimen.

La Mafia pagaba bien esas cosas. Sólo exigía rapidez, limpieza... y silencio. Sobre todo silencio. La muerte por encargo era productiva, mientras el ejecutor supiera tener la boca cerrada y no cometiera tonterías.

Él nunca se embriagó en presencia de alguien, nunca se dejó engatusar por las caricias de una mujer, ni jamás cedió un ápice en su firmeza ante cualquier polizonte que le interrogase.

Nunca fue un charlatán ni un necio, jamás se propasó en gastar a manos llenas el dinero ganado con tal facilidad. Nunca alardeó de su pericia en deshacerse de la gente.

Por eso, cuando el Sindicato del Crimen entró un poco en decadencia ante la delincuencia colectiva de una sociedad donde cualquiera podía ser un asesino, desde un muchacho blanco de buena familia hasta un joven negro de los suburbios, pasando por un agente federal o por un miembro de la CIA, si era bien pagado, Milton Jarrod pensó que era llegada la hora de darse de baja en la organización.

Lo solicitó así, y el premio a sus servicios fue concederle tal cosa sin represalias. Sabían que el silencioso y eficiente Jarrod seguiría sin hablar de más. De sus tareas «profesionales», ni una palabra a nadie.

Así, Milton Jarrod siguió viviendo como ejecutor por contrato, pero ahora como trabajador independiente. Sin patronos ni jefes.

Todo el mundo sabía lo que era él. Pero nadie podía probarlo. Era su mejor baza, en un país donde los derechos de cada ciudadano eran inviolables.

Ahora, se le presentaba la ocasión de ganar mucho más dinero que en ninguna otra ocasión anterior. Era un trabajo importante. Un golpe grande.

Quince mil dólares eran solamente una paga y señal, un compromiso previo y un dinero para gastos. Después, estaban los demás pagos prometidos anónimamente: tres plazos escalonados. Uno de veinticinco mil, otro de cuarenta y un último de cincuenta mil, una vez realizada la tarea.

Ciento treinta mil dólares en total. Una pequeña fortuna. Suficiente para retirarse de todo aquello y dejar de ser ejecutor a sueldo. Milton Jarrod no había dudado en aceptar.

Los últimos cincuenta mil dólares, a cobrar *después* de hecha la tarea, tenían su mayor y mejor garantía en un hecho concreto: él poseía ya en su domicilio cien billetes de cincuenta dólares... sólo en una de sus

mitades.

Cortados en zig-zag, a tijera, le habían sido entregados en un fajo. La mitad de la suma final. Cometida la muerte que de él se exigía, aquélla era su mejor garantía de cobro. El resto de cada billete le sería entregado tras el cumplimiento de su misión.

Y esa misión era sencilla.

Matar a un hombre siempre era tarea sencilla para un hombre como Milton Jarrod. No importaba el hombre. Él siempre decía lo mismo:

—Fijadme una víctima. Un nombre, una persona. No cuenta quien sea. Yo haré de esa persona un blanco de tiro. Una simple cartulina con una diana en su centro. Y ofrezco una garantía: yo jamás fallo. Siempre hago diana al primer impacto.

Y era cierto. Absolutamente cierto.

Nunca había necesitado repetir el golpe. Bastaba el primero. Siempre bastaba el primero, cuando uno era un experto, un buen profesional. Y Jarrod lo era. De eso no había ninguna duda.

Sus actuales contratantes habían sabido elegir al hombre.

Ahora, a Jarrod sólo le faltaba algo: conocer a su víctima.

Y para eso, faltaban solamente unas horas. Muy pocas. Era lo convenido.

Abandonó el subterráneo en Broadway. Caminó solamente dos manzanas. El edificio de apartamentos de lujo ocupaba una esquina inmediata al vecino hotel y al teatro sobre el cual se alzaban plantas de oficinas comerciales.

Era el Pennsylvania Building.

Milton Jarrod entró en el amplio vestíbulo. El conserje le saludó con deferencia. El entró en uno de los ascensores, pulsando el botón del piso undécimo. La cabina subió vertiginosamente. Jarrod estudió de soslayo, con su habitual frialdad y recelo, a todos los que le acompañaban en el cubículo metálico.

Nadie le prestaba a él particular atención. Era una de sus virtudes. Hombre completamente vulgar, gris, fácil de confundir entre la multitud.

Hubiera sido un error tratar de distinguirse en algo del vulgo. La mejor manera de no ser notado era justamente ésa: ser uno más en la muchedumbre, en la colectividad humana. No se sentía en nada parecido a los otros. No quería ser una oveja del mismo rebaño, pero lo bueno era que lo parecía. Mientras todo siguiera así, nadie le diferenciaría de aquella aborrecible masa llamada sociedad, en la que se sentía forzosamente integrado, pero sintiendo un odio latente y agudo hacia toda ella y hacia cada uno de sus minúsculos componentes.

Así era Milton Jarrod, y así había llegado a materializar su odio en una forma concreta de acción y de violencia: el asesinato.

Un médico hubiera dicho que era un enfermo. Un especialista hubiese puntualizado que se trataba de un inteligente, astuto y, por ello mismo, peligroso psicópata. Pero Milton Jarrod se hubiera reído de quien tal cosa afirmara. Se hubiera burlado de esos médicos.

Milton Jarrod detuvo el curso de sus pensamientos. La puerta del ascensor se deslizó suavemente. Era la undécima planta. Salió él solamente. Los demás ocupantes continuaron.

Jarrod caminó hacia la puerta donde se veían las cifras en metal dorado:

1.130

Apartamento mil ciento treinta. Un buen apartamento. Lujoso, céntrico, confortable. Costaba seiscientos dólares mensuales de alquiler. Una cara renta. Pero valía la pena. Viviendo en buenos sitios, vistiendo bien y aparentando ser un hombre de negocios, era difícil verse en problemas. Nadie sospechaba de alguien que viviera en un sitio así, con su esposa, y no diera escándalos ni gastase a manos llenas el dinero, de modo estúpido, sino razonada y sobriamente.

Su esposa... Le hizo sonreír el hecho. Él nunca tuvo esposa alguna. No quiso casarse. Una mujer era siempre un peligro para un hombre como él.

No. Milton Jarrod no se había casado nunca. Ni tampoco ahora estaba casado.

Pero estaba Valerie. Valerie era su esposa, oficialmente al menos, en Pennsylvania Building. Una esposa muy necesaria para sus planes. Ella no sabía nada de él apenas. Sólo que era un hombre de negocios, que la mantenía con dignidad y no le escatimaba gastos razonables, aunque sí se cerraba en banda ante posibles caprichos y derroches.

Era mucho más de lo que hubiese esperado Valerie cuando encontró a aquel hombre. Una mujer ya entrada en los treinta años, aunque con buen aspecto y cierta distinción, actriz teatral sin contratos, especializada en damas de la buena sociedad, con una larga vida amorosa, y muy pocas posibilidades de encontrar trabajo.

Y Jarrod había resuelto su problema por el momento: una vida confortable, dinero para gastar en medida razonable, y vestidos elegantes para lucir, como supuesta «señora Jarrod».

La señora Jarrod, en realidad la actriz Valerie Olson, ocupó dignamente el puesto. Y en él se mantenía sin hacer preguntas. En realidad, porque no veía tampoco nada sospechoso en su compañero. Que él quisiera hacerla pasar por su mujer, le parecía lógico, si estaba residiendo en un sitio respetable, y llevaba importantes negocios entre manos.

Aqué! era el primer paso en el plan. Milton Jarrod debía de ser un hombre respetable en compa!a de una esposa de irreprochable apariencia y modos distinguidos.

En el terreno afectivo, a Jarrod le tenía sin cuidado Valerie. Era mujer atractiva, con cierta sugestión física, pero él nunca se dejaba llevar por sentimiento alguno. Y menos en su relación con las mujeres. No quería dar un paso en falso, ni cometer un error.

Pero lo cierto es que sabía fingir, y a eso debía gran parte de sus éxitos en todo terreno. Y para Valerie, él era un hombre apasionado y lleno de amor por ella. Era más joven que ella en unos pocos años, y eso siempre cautivaba a una mujer como Valerie, que no había soñado ya en despertar una pasión en un hombre que frisase los treinta años, bien conservado, elegante y atractivo.

De modo que, por ese lado, los planes de Milton Jarrod no ofrecían tampoco la menor fisura de cara a su trabajo. El nunca dejaba nada al azar.

Y esta vez, menos que ninguna otra, cometería él ningún error. Era el último trabajo, el último esfuerzo por tener dinero y vivir al margen de todo aquello. Iba a completar la tarea con su proverbial eficacia. Eso era todo.

Por el momento, Valerie le era imprescindible. No era fácil encontrar una amante o una amiguita a quien se pudiera presentar en sociedad. Valerie, sin embargo, sí podía representar ese papel.

Y, a juzgar por la marcha inicial de los acontecimientos, ese parecía un punto clave en el desarrollo de la trama. Una trama de la que sólo conocía su nombre cifrado:

Operación: «Tela de Araña.»

Esa sería la frase clave de algo. De algo de lo que el propio Jarrod, en esos momentos, aún lo ignoraba todo. O casi todo.

Cuando abrió la puerta del apartamento 1.130, Valerie se echó en sus brazos.

—¡Oh, querido! —exclamó con dulzura. Se encontró con sus labios besando los propios. Al apartarse, ella añadió con aquella voz suya, que parecía estar representando personajes de Noel Coward, de Terence Rattigan o de Thomson Wilder—: Te has retrasado hoy mucho, cariño. Pensé que no llegarías a tiempo para la comida. Te he preparado algo especial.

—Lamento haber llegado tarde —se excusó Jarrod con un suspiro, siempre dentro de su papel de hombre afable, cordial y educado—. Hubo demasiado que hacer con un asunto de exportaciones textiles. Incluso creo que tendré que visitar al alcalde de la ciudad.

—Bueno, ya no puedo sorprenderme de nada, querido —rió ella suavemente, mirándole con cierta picardía que Jarrod no entendió—.

Evidentemente, eres un hombre importante.

—¿Cómo lo sabes? —enarcó las cejas Jarrod, mirándola sin comprender.

—Bueno, conmigo no tienes por qué disimular —sonrió ella, melosa, conduciéndole al *living*, cogida por una mano—. Sé que llevas negocios trascendentes entre manos.

Milton Jarrod se sentía confuso y preocupado. Había algo en todo aquello que no le gustaba, y no sabía lo que pudiera ser. Trató de contemporizar, muy alerta:

—Estás hoy muy misteriosa, querida. Me gustaría saber lo que te traes entre manos. ¿Acaso un nuevo postre? ¿Un hallazgo culinario?

—No, no. Hablo de ti, no de mí, querido. Eres tú el importante, no yo.

—¿Yo? —Jarrod se sintió preocupado. Dominando su inquietud, puntualizó, algo seco—: Acabemos, Valerie. ¿A qué te refieres? No me gustan demasiado los acertijos.

—Oh, no te pongas así. No es ningún acertijo. Simplemente, llegó una carta urgente en tu ausencia. El repartidor tenía que entregarla entre una y tres de la tarde, pero dijo que, ante la urgencia, optó por traerla antes, y me la dio a mí.

—Ya. ¿Y qué sucede con esa carta? —ahora, Jarrod se sentía realmente alarmado.

—Bueno, me preocupó lo que pudiera ser... y la abrí para saber de qué se trataba, por si debía intentar localizarte de algún modo...

—¿Abriste la carta? —se crispó el rostro de Jarrod vivamente—. ¿Por qué lo hiciste?

Su expresión era dura, agresiva casi. Valerie se alarmó, retrocediendo sorprendida.

—Oh, querido, no tienes por qué ponerte así... —musitó ella—. Fue con mi mejor intención y... y las noticias eran buenas. Mira, ahí está la carta...

Señalaba, al llegar al *living*, un mueble inmediato al sofá. Sobre él, rasgado, aparecía un sobre con el membrete: WORLD ENTERPRISES BUILDING, Washington, D. C.W. E. B. Eran las iniciales del nombre del Edificio World Enterprises impreso en el membrete. ¡La palabra clave!

—¡Estúpida! —rugió, con una ira repentina, que no pudo dominar, pese a su probado autocontrol. Y, precipitándose sobre Valerie, la abofeteó sin contemplaciones, arrojándola contra la pared—. ¡Estúpida, entrometida, chismosa! ¡La próxima vez que hagas algo así te mataré!

Lívida, asustada realmente, con los cabellos desordenados y la roja, violenta huella de los dedos de Jarrod en sus mejillas, tras los dos tremendos bofetones recibidos, Valerie Olson contempló a su amante, encontrando en él a un hombre distinto e insospechado.

Aquel colérico individuo de lívida faz, labios encajados, espumeantes de rabia, que corría a por la carta abierta y la tomaba con ira, estrujando su pliego mecanografiado, no se parecía en nada al hombre pulcro, distinguido y culto que siempre fuera Milton Jarrod.

De la mano de Jarrod cayó una fotografía al suelo. Dentro del papel, sólo unas breves líneas mecanografiadas, en el papel de la misma supuesta empresa que utilizaba las siglas WEB, bien destacadas en trazo rojo, más grueso.

Era un mensaje muy corto:

«Estimado Sr. Jarrod:

»Le adjuntamos fotografía de la personalidad con la cual hemos concertado su entrevista a fecha fija.

«Atentamente,

»World Enterprises Building.»
(Departamento de Finanzas)

Jarrod tuvo un leve estremecimiento. Era la señal: «La personalidad con la cual hemos concertado su entrevista...» Eso significaba una sola cosa: la persona a quien tenía que asesinar en un día y hora determinados. La primera señal, las instrucciones previas.

Contempló la fotografía, caída en la moqueta, absorto y sin saber qué pensar.

Valerie sollozaba ahogadamente, con el rostro oculto entre las manos.

—Te lo dije, Milton... —gemía—. Te dije que eran buenas noticias. No tenías por qué golpearme así... Son muy buenas noticias... Enseguida reconocí esa fotografía y supe... supe que tienes una entrevista concertada con él. Con... con el presidente de Estados Unidos...

Capítulo II

WASHINGTON, D. C.

—**E**L presidente de Estados Unidos, querida. En persona.

—Te felicito, Roger. Puede ser un gran éxito personal.

—Bueno, quisiera hacerle las preguntas que nadie le hizo, para dar cierta originalidad a mi entrevista —confesó Roger Cole, sonriendo—. Pero mucho me temo que las preguntas indiscretas no sean oportunas, ni siquiera adecuadas. Existen cuestiones de secreto oficial.

—Sí, supongo que la política es un asunto demasiado serio y confidencial, Roger. Pero tú eres en eso un auténtico experto.

—No estés demasiado segura de ello, querida Jane. No es igual escribir sobre sucesos y pequeñas peripecias de cada día, que conseguir interesar al lector sin faltar a las debidas normas de ética, como corresponsal de mi periódico en la capital federal.

—Tú tienes relaciones en todas partes, ¿no es cierto? —sonrió Jane Hyer risueñamente—. Incluso en Washington, capital federal de la nación. Estoy convencido de que todo va a salir bien, y esa entrevista presidencial que te ha sido concedida en exclusiva, será todo un éxito. Y más ahora, en vísperas de elecciones.

—En fin, olvidemos el pasado, y afrontemos el futuro —comentó con burlona jovialidad Roger Cole, reportero del semanario neoyorquino de actualidad *New Yorker*

Boom, para muchos en exceso sensacionalista y espectacular, y para otros divertido, sincero y tremendamente eficaz. —Luego añadió, tras una corta pausa, frunciendo el ceño—: Quedan atrás los reportajes palpitantes de los temas policíacos, los sucesos y los temas sensacionalistas del día. El *New Yorker Boom* va a vestirse con una portada en color de barras y estrellas, y sobre ellas la efigie del actual presidente. Y yo, Roger Cole, firmaré la entrevista inicial con el actual mandatario de la Casa Blanca, como lo haré más tarde con su contrincante político. Es una nueva dimensión periodística para mí.

Tras su comentario, el joven periodista neoyorquino se paseó por la amplia terraza del edificio de Manhattan donde se hallaba en compañía de Jane Hyer, su prometida. La joven sonrió, reclinándose sobre la balaustrada y contemplando pensativa la calzada.

—He convencido a papá y a mamá —dijo Jane, tras una pausa—. Iré

a Washington este fin de semana.

—¿De veras? —la contempló él, sorprendido y curioso—. Vaya, eso está mejor. Esperaba pasar unas horas muy aburridas en la capital, entre cócteles, amistades que sólo charlan de política.

—Por nada del mundo te dejaría solo demasiado tiempo en ese ambiente tan terrible, en una jungla tan demoledora —rió Jane, risueña—. Pero te advierto que solamente podré estar el fin de semana. Mamá se marcha por fin unos días a Florida y debo acompañarla.

—Espero que el oasis de ese *week-end*, endulce un poco la amargura del desierto tedioso de los demás días en Washington —suspiró burlonamente Roger. Se volvió, tomando en sus brazos a la esbelta, elegante muchacha de cabellos rojizos, ojos verdes y breve nariz, que se dejó manejar dócilmente por él. Sus labios se unieron.

Al apartarse, ella comentó como por azar:

—Ah, querido. ¿Sabes una cosa? Hice una reserva de alojamiento en un edificio de lujosos apartamentos de Washington, con la debida antelación, para que el ambiente electoral no me deje obligada a dormir en un banco de los jardines públicos.

—¿De veras? —sonrió él—. ¿Qué sitio has elegido?

—Uno que será mejor no menciones a ninguno de los políticos con quienes charles, sean demócratas o republicanos, por si se enconan viejas suspicacias.

—No te entiendo...

—Bueno, elegí el edificio Watergate —sonrió ella, con amplitud.

* * *

—Watergate... ¿Nos vamos a alojar ahí?

—Sí, querida. Está elegido. Parece ser que viste bastante, desde hace algún tiempo, alojarse en ese edificio precisamente —comentó Milton Jarrod, encogiéndose de hombros.

Valerie Olson le miró, pensativa. Sacudió la cabeza.

—No sé —dijo—. Era un nombre que nunca pensé relacionar conmigo en modo alguno.

—Tonterías. Es sólo un hotel de lujosas *suites* y apartamentos especiales, bastante caros —replicó él brevemente—. Justo lo que quiero ofrecerte.

—Por favor, Milton. Sabes que ya te perdoné eso. Está olvidado. Supongo que un momento de nerviosismo y falta de control, lo tiene cualquiera.

—Es evidente —él inclinó la cabeza, sombrío—. Pero nunca me había sucedido antes.

—Tal vez hayas trabajado demasiado estos últimos días, querido...
—sugirió ella.

—Tal vez —se encogió de hombros Jarrod—. Pero eso no debería suceder, pese a todo. Me he considerado siempre dueño absoluto de mí mismo. Cuando termine este trabajo deberé visitar a un médico. No me gustaría que se repitiera nunca algo así.

—Y no se repetirá —aseguró ella, inclinándose a besarle con dulzura.

—Pasaremos unos días muy felices... a pesar del trabajo —afirmó Jarrod, pensativo—. Espero que ambos guardemos de él un buen recuerdo... toda nuestra vida, Valerie.

—¿Tanto te ilusiona ver al presidente, Milton?

—Pues... sí. Es una experiencia nueva para mí.

—¿Qué clase de experiencia? —trató de puntualizar ella, curiosa.

—Bueno, no se trata exactamente de eso —manipuló Jarrod las palabras con sumo cuidado—. Lo cierto es que se trata de un asunto de tipo oficial, donde el punto de vista del Gobierno es quizá fundamental. Y de esas cosas se tratará, sin duda alguna. Vamos, termina de prepararlo todo. Saldremos ahora para el aeropuerto, directamente. El próximo vuelo a Washington no tardará ya más de dos horas en iniciarse.

—Sí, querido. Ya estoy —asintió ella, encaminándose al fondo del apartamento.

—Yo, entre tanto, bajaré a buscar un taxi, y te esperaré a la puerta del edificio —dijo Milton Jarrod con voz firme.

Salió del apartamento. Descendió a la planta inferior de la casa. En vez de salir en busca de taxi alguno, se detuvo ante el buzón correspondiente a su apartamento. Lo abrió.

Había una tarjeta postal, simplemente. Con una vista del Capitolio. La volvió, caminando hacia la calle. En ella leyó las escasas palabras escritas a máquina:

«Edificio W. Sábado, 10 A. M.

Teléfono. Saludos: W. E. B.»

Salió a la calle. Desmenuzó la tarjeta postal, y entró en un bar inmediato, dirigiéndose a los servicios. Allí se deshizo de los fragmentos. Hizo correr el agua. Salió. Llamó a un taxi y esperó.

Minutos más tarde, Valerie Olson salía con su maleta a la calle. La recogió Jarrod, y el coche de alquiler se alejó hacia el aeropuerto.

Milton Jarrod estaba ya en camino hacia la capital federal del país. Hacia el lugar donde se hallaba el hombre a quien tenía que matar.

El presidente de Estados Unidos.

—¿Es el hombre adecuado?

—No hay otro mejor. La selección fue minuciosa.

—Ya —el que hiciera la pregunta se estiró cuidadosamente el uniforme, y caminó por la estancia, contemplando con ojos muy fijos el Lincoln Memorial. Por Constitution Avenue discurría rápido el tráfico rodado. Las aceras ofrecían animación a aquella hora de la tarde del viernes. El militar consultó su reloj de pulsera. Luego añadió unas pocas palabras inexpressivas—: Son las cuatro. ¿A qué hora llega nuestro hombre a Washington?

—El vuelo llega al aeropuerto a las cinco y veinticinco minutos —explicó el hombre de cabellos intensamente blancos, pulcros y cuidados, de severo terno gris, impecablemente cortado—. No se impaciente, general. Todo está cronometrado. No puede haber fallos.

—Ya ha habido uno —manifestó secamente el militar, volviendo hacia su interlocutor unos ojos grises y acerados, entre los que el arco de halcón de su nariz ganchuda, proyectaba una rígida sombra sobre los labios delgados y pálidos.

—¿Usted cree? —sonrió suave y fríamente el caballero de pelo blanco.

—Bien lo sabe, senador. Está esa muchacha, Eve Allyson. Y su amigo, el joven Ernest Mac Clure...

—Un momento, por favor —la mano del llamado «senador» se alzó con firmeza, pero a la vez con cierta elegante indiferencia—. Seguiremos hablando de eso dentro de un momento, general.

—Si usted lo prefiere... Pero creo que los errores no deben eludirse nunca.

—¿Qué cree que estoy haciendo? —suspiró el «senador» fríamente. Y se inclinó, pulsando una tecla del interfono de su mesa desnuda, en aquel frío despacho alquilado, frente por frente a Monument Grounds. Se apresuró a hablar ante el micrófono del aparato—: Haga entrar a Wallace, por favor.

—Sí, señor —respondió una voz femenina, aséptica e indiferente.

Cerró el interfono, esperando. El general contempló la puerta, curioso, esperando ver aparecer a alguien en ella. Cuando se abrió, un hombre con sobretodo azul oscuro, sombrero flexible, un bastón de puño de plata y gafas de montura metálica, con cristales color caramelo claro, apareció en el umbral, saludando con una cortés inclinación de cabeza.

—Pase, Wallace —invitó el llamado «senador»—. Cierre la puerta, por favor.

Asintió de nuevo el recién llegado, apresurándose a obedecer. Luego, se contemplaron todos entre sí. Wallace despegó los labios para hacer

una breve pregunta:

—¿Se puede hablar aquí?

—Por supuesto —sonrió el hombre del pelo blanco con frialdad—. No hay micrófonos ni nada parecido. Tengo establecido un sistema de alerta contra aparatos electrónicos de cualquier tipo. Las paredes son a prueba de ruidos. La puerta, también. El interfono está desconectado en todo sentido mientras yo no active esa tecla, ya que lleva un sistema especial de funcionamiento. No tema nada. Puede hablar. Pero, naturalmente, con discreción.

—Entiendo, señor —afirmó el llamado Wallace—. ¿Qué quiere saber, exactamente?

—El general se interesa por la pareja Eve y Ernest. Dígale algo al respecto.

—Oh, entiendo —los ojos del llamado Wallace se fijaron en el general, gravemente, a través de los vidrios de color de sus gafas metálicas—. ¿Qué le preocupa, general?

—Usted ya lo sabe —los ojos del militar mantuvieron su mirada—. Existen motivos.

—Oh, ninguno, señor —rechazó Wallace con un asomo de sonrisa. Miró su reloj de pulsera con cierto aire irónico—. Son las cuatro y cinco minutos. A las cuatro y treinta minutos, exactamente, ese asunto habrá dejado de ser un problema para todos.

—¿Quiere decir que ellos...?

—Quiero decir que ya no habrá caso —suspiró Wallace. Su mirada fue significativa—. Creo que no hará falta añadir nada más, ¿verdad, general?

El militar inclinó la cabeza. Se mordió el labio inferior, algo nervioso.

—Verdad —admitió—. Pero será todo de un modo...

—De un modo absolutamente seguro —le cortó su interlocutor—. Para todo el mundo, el suceso no pasará de ser un desgraciado accidente...

El general buscó la mirada del «senador». Ambos hombres se estudiaron en silencio. Fue el hombre del cabello blanco quien, sonriendo de modo enigmático, se inclinó hacia el hombre de uniforme y habló, suavemente:

—¿Convencido, amigo mío? Dentro de veinticinco minutos, Eve Allyson y Ernest Mac Clure habrán dejado de preocuparnos a todos nosotros, esté bien seguro de ello... Ya hay quien se está ocupando ahora de eso.

—¿No hubiera sido mejor esperar a que...?

—No. Jarrod es un especialista, no un pistolero vulgar ni un asesino del montón. A Jarrod debemos reservarlo para nuestra, gran ocasión del

domingo noche... El servicio meteorológico tiene previsto para el domingo por la noche un tiempo bastante lluvioso sobre Washington, general Hawkins. Yo diría que vamos a sufrir una lluvia muy especial esa noche. Una lluvia... de sangre.

Rió huecamente entre dientes, y el general Hawkins afirmó despacio:

—Sí, senador Ralston —dijo por fin con lentitud—. Opino igual que usted... Una lluvia de sangre que va a comenzar muy pronto.

—Exactamente a las cuatro y treinta minutos de hoy, viernes —rió a su vez, burlonamente, el hombre llamado Wallace—, caerán las primeras gotas de esa lluvia roja, caballeros.

* * *

—Tengo miedo, Ernest...

—Vamos, Eve, no hay nada que temer —él miró atrás, sin embargo, pese a su gesto enérgico de firmeza—. No puede sucedemos nada, date cuenta. Es Washington, la capital. ¿Qué esperas que puede suceder?

—No lo sé. Pero presiento el peligro. Sé que nos matarán, Ernest...

—¡Matamos! ¿Estás loca, Eve? ¿Quién se atrevería a eso?

—Ellos... ellos se atreverían —afirmó ella roncamente.

—Ellos no pueden ir tan lejos, Eve. No se arriesgarán a caer en poder de la ley...

—¿Qué puede importarles ya, con lo que tú y yo sabemos? Si vamos a la policía y lo contamos, nos tomarán por locos. Si cometemos un error, podemos incluso elegir un agente que pertenezca a su grupo, y habrá sido como meternos en la propia boca del lobo. Oh, Ernest, estoy asustada, terriblemente asustada...

—Claro. Sé que lo estás. Yo también siento cierto temor, ñero sólo por ti, Eve. Sin embargo, persuádetes de que no estamos perdidos en una jungla, sino en nuestra propia capital federal. Ellos cometerían un tremendo error si se destaparan con un doble asesinato. Nos relacionarían, sin remedio posible, con los asuntos oficiales de la presidencia. Y eso provocaría sin duda una crisis que a ellos les perjudicaría más que a nadie, de cara a sus planes.

—Ernest, no logro calmarme con todo eso que me dices... Ernest, estoy aterrorizada... Creo que nos siguen, que nos vigilan...

El miró en derredor. Estaban en plena calle, caminando por una acera llena de gente. Ernest la llevaba por el brazo, su paso era firme y rápido, de larga zancada.

Ambos eran jóvenes. Ernest, espigado y de pelo castaño. Eve, de blondo pelo largo, liso y suave. Parecían una feliz pareja. Pero no producían la impresión de unos jóvenes huyendo de algo; de alguien.

Ernest aparentaba firmeza y seguridad. Pero algo, en el destello

incierto y receloso de sus ojos pardos, denotaba su inquietud, su incertidumbre, su escasa confianza en todo lo que les rodeaba en plena Avenida Pennsylvania.

Allá, en la distancia, los edificios comerciales se entremezclaban con los recintos oficiales como el Municipal Building, el Departamento de Justicia y Federal Bureau of Investigation y tantos otros organismos del Gobierno.

La mirada de Ernest se clavó en el gran edificio federal. Sus labios modularon unas pocas palabras:

—El FBI... Tenemos que llegar allí, Eve. Tenemos que llegar lo antes posible... —sus ojos se clavaron en un reloj urbano, situado en un cruce. El semáforo estaba cambiando al rojo y tendrían que esperar a cruzar aquella travesía, en la calle Doce, frente al Raleigh Hotel. Eran las cuatro y quince minutos. Sobre Washington, el cielo estaba encapotado intensamente, con un sombrío tono gris, que presagiaba lluvia inmediata.

—Pero antes... antes debemos de ver a ese hombre —musitó ella.

—¿El inspector Randolph? Sí, Eve. Debe estar esperándonos ya en el bar del Woodward & Lothrop, en la calle Diez. Hablaremos con él y le expondremos brevemente nuestro deseo.

—Ernest, ¿será de fiar el... el inspector?

—¿John Randolph? —se asombró Ernest—, Oh, Eve, cielos... Es un inspector federal... y, un buen amigo. ¿Cómo vas a sospechar de él?

—Ernest, yo sospecho ya de todos. Sabes lo que he averiguado, te he hecho partícipe de ello, cuando descubrí que no podía fiarme del senador Ralston, porque forma parte del complot...

—Ex senador, Eve, recuérdalo —la rectificó suavemente Ernest Mac Clure—. Dejó de serlo por la chapuza del feo caso Dickinson, recuérdalo... El presidente tuvo que hacerle dimitir.

—Bien, eso es exactamente lo mismo, Ernest. Lo cierto es que hay gente importante en este lío. Gente de la alta política, de las finanzas, del ejército, de todos los estamentos oficiales, que se supone tendrían que velar por la seguridad de la nación y del poder oficial, en vez de buscar el crimen horrible, el magnicidio como remedio a supuestos males.

—Todo eso lo sé —suspiró Ernest con voz seca, mirando de nuevo en torno, previsor, al pasar junto al semáforo y atravesar la calzada, ya con el verde de paso libre—. Pero Randolph es distinto. Es un hombre de probada integridad, enérgico y honesto. Lleva muchos años en el FBI, y es buen amigo mío desde hace tiempo. Me ha hecho favores y sé que nos ayudará.

—Si tú crees que él puede ayudarnos...

—Lo hará. Escuchará nuestros motivos, y nos hará entrar en la

oficina federal.

—¿Estaremos a salvo una vez dentro?

—Supongo que sí, Eve. Dentro del FBI, es posible que también haya enemigos, pero según eso, en todas partes estaríamos con la psicosis de sentimos acosados y vigilados. Allí habrá amigos, gente que nos proteja mientras declaramos lo que sabemos de todo esto.

—¿Hablaste algo de ello por teléfono con Randolph?

—No, no. Es un tema demasiado terrible para mencionarlo telefónicamente. Pero Randolph captó el tono de mi voz. Me dijo que nada debía temer, por grave que fuese la cuestión. En ese club donde nos espera, que es cafetería y salón de té, dice que resulta muy difícil, por no decir imposible, una emboscada de cualquier tipo. Además, él está armado.

—Dios te oiga —suspiró apagadamente la voz de Eve Allyson.

Y aceleró su paso, ansiosa por llegar a destino. Junto a ella, la zancada de Ernest se hizo más rápida. Fueron acercándose a la calle Diez, dejaron un poco atrás Pennsylvania Avenue, y con ella el edificio del Departamento de Justicia y del FBI. El Woodward Building apareció ante ellos. En su planta baja, un nuevo club de lujo, y que utilizaban más los habitantes del edificio que los extraños a él, abría sus puertas de grueso vidrio oscuro, con tiradores metálicos niquelados. Una cornisa de toldo rojo oscuro, con el nombre del local, asomaba a la acera. Una alfombra conducía a su entrada a través de la amplia acera.

—Ya estamos —dijo el joven con un resoplido. Apretó con fuerza, animosamente, el brazo de la muchacha—. Adelante, Eve...

Ella respiró hondo, esperanzada ante la cercana posibilidad de eludir todo peligro y verse definitivamente a salvo. Un reloj cercano marcaba las cuatro y veinticuatro minutos, cuando los dos jóvenes se movieron hacia el club, ya casi a la carrera.

Era la hora de la esperanza para los dos. Pero también era la hora de la muerte y no lo sabían...

* * *

—Son ellos —dijo el hombre de los binoculares, apartándolos del rostro y volviéndose a su acompañante—. Vamos ya. Es el momento señalado.

—¿No hay error posible?

—Ninguno. Son Ernest Mac Clure y Eve Allyson. Hay que eliminarlos. Adelante, Rowland.

El llamado Rowland asintió. Se inclinó sobre el volante del vehículo que trabajaba en la entrada del edificio en obra, acotado frente al edificio Woodward. Manipuló diestramente.

Era un enorme camión-grúa, que asomaba por las vallas de la obra,

hacia la calle Diez. Arriba, suspendido muy alto sobre el vehículo, grande y pesado, la enorme grúa con un manojo de formidables y pesados barrotes de hierro para la estructura metálica del edificio...

Eran toneladas de metal colgadas sobre el vacío, a gran altura. El hombre de los prismáticos saltó de la cabina. Sus binoculares iban dentro de su bolsa de provisiones. Un casco de materia plástica, color amarillo intenso, le protegía.

Se alejó del camión-grúa. Con total normalidad también, y se mezcló con los demás trabajadores de la obra, cuya jornada laboral del viernes, última de la semana, no estaba ya nada lejos de su terminación, a las cinco de la tarde.

Mientras tanto, la pareja alcanzaba la amplia acera, llegaba ante el toldo rojo del club... y arriba, la grúa, enorme garra de acero aferrando un manojo de recios barrotes metálicos, descendía de súbito, se abría su pinza centelleante... y los hierros voluminosos descendían en alud mortal, aterrador, sobre la acera del edificio Woodward.

Hubo un alarido terrible, rostros de horror, crujidos siniestros, estruendo, sangre, cuerpos triturados, muerte espantosa, extendiéndose por la amplia acera...

Capítulo III

AGUACERO ROJO

JOHN Randolph, del FBI, apuró su café. Clavó la mirada, fijamente, en el hombre sentado frente a él en la pequeña mesa granate, en el comfortable reservado del club Woodward.

—Mi querido Cole, ésa es, brevemente contada, la historia de todo esto —dijo escuetamente—. Sé tanto como usted, por otro lado, de las razones que me han movido a venir aquí en esta tarde.

—¿Eso quiere decir que su amigo Ernest Mac Clure...? —sugirió Cole, con cautela.

—Mire, Cole; Mac Clure ha sido siempre un imaginativo. Empezó como escritor de cuentos en *Romance* y en *Thriller*, para luego hacerse novelista. Se defiende como tal, y su tema favorito es la ficción. Por eso tomé su llamada un poco escépticamente, aunque su tono parecía en realidad apremiante. No sé si ese muchacho está creándose una novela, o en el fondo teme realmente algo. Caben dos explicaciones: que imagine cosas que le asusten de verdad, o que las esté creando para una de sus malditas novelas. Cole, admito que tú eres uno de esos que llaman muchos un «periodista maldito», porque escribes en el *Boom* de Nueva York. Pero conoces tu oficio, y no siempre inventas cosas. En cambio, ese muchacho, Mac Clure, pese a lo que le aprecio... no sé...

—De todos modos, estás aquí —sonrió Cole al veterano y sobrio Randolph—. Eso significa algo, ¿no crees?

—Bueno, Mac Clure es mi amigo. Eso lo explica todo, ¿no te parece? —rió de buena gana el federal.

—¿Viene solo? Creo recordar que mencionaste a dos personas...

—Oh, sí. El parece ser solamente el intermediario de cierta joven que supone cosas horribles...

—¿Qué cosas?

—No lo sé. No me contó nada. Dijo que era demasiado terrible para revelarlo. Parecía sincero, pero... quizá ella exageraba. O él fue quien lo hizo, no podría jurarlo.

—¿Y si fuera algo realmente terrible? —sugirió Roger Cole.

—Bueno, no niego que podría serlo. Por eso estoy aquí. Las cosas pueden ser diferentes a como yo imagino. Por Mac Clure desearía que

así fuera. Por mí... no lo sé. No creo que me gustase un problema grave en vísperas de la reunión a alto nivel en Watergate.

—¿Watergate? —Cole pegó un respingo—. ¿Te refieres a... al edificio donde yo resido ahora?

—Bueno, sólo conozco un Watergate en Washington —rió Randolph de buena gana—. Y no creo que nadie lo dude. Hay gente a quien aún parecen removerle las tripas cuando se cita ese nombre. Politiquerías, claro. Nunca ocurre nada en ese sentido. Caen unos, suben otros. Y el país es como el Ave Fénix. Siempre sale de entre las cenizas políticas.

—Bueno, ¿y qué va a pasar allí? ¿Qué reunión de «alto nivel» será la que tenga semejante escenario?

—Ya sabes lo que son las cosas. Se quieren borrar viejos clisés presidenciales. Watergate puede ser, en el futuro, un símbolo diferente al que fue. Símbolo de cosas diferentes: coalición, amistad, democracia, libertad de las gentes y todo eso. Sea como fuere, los dos candidatos, el republicano y el demócrata, van a reunirse antes del día de las elecciones en ese edificio. Se estrecharán las manos y dirán algo importante. Y estas cosas nos dan trabajo a nosotros, los federales. Hay que adoptar especiales medidas de seguridad, evitar problemas...

Roger miró su reloj. Las cuatro y veinticuatro. Apuró su cigarrillo y pidió otro café.

—¿A qué hora es vuestra cita? —quiso saber.

—Sobre las cuatro y media, minuto más o menos —dijo Randolph—. Es lo que me dijo Mac Clure por teléfono. No creo que tarde. Es bastante puntual, habitualmente,

—Entonces, tal vez esté a punto de abrirse esa puerta, y sepas realmente lo que él supone que...

Roger Cole se interrumpió.

Afuera, en la calle, el estruendo fue súbito y aterrador. Tembló el suelo, vibraron los cristales. Una especie de alarido, que podía ser individual o colectivo, rasgó el aire quieto de la tarde nublada. Cole sufrió una convulsión. Era un alarido de horror, de agonía...

Después sonaron silbatos policiales, carreras, confusión...

Cole y Randolph cambiaron una súbita mirada de sorpresa y desorientación. Corrieron ambos, como movidos por un mutuo impulso, en una carrera hacia la calle.

—Dios mío... —oyó Cole el jadeo de su compañero, el federal—. ¿Qué es todo esto?...

La escena era aterrador. Roger Cole se movió con la celeridad del profesional, para tratar de saber qué había sucedido. Los resultados eran obvios. La alfombra de la acera aparecía rugosa, enrollada. Había gente herida, el toldo se había desplomado.

Y un manojo de hierros, largos y pesados, yacían en desorden sobre

la acera. Habían hundido el asfalto en algunos puntos. En otros, la sangre corría hacia el bordillo. Cuerpos humanos destrozados por el alud de metal, se aplastaban contra la acera.

Uno de ellos era el portero de lujosa librea del local. Otros, eran transeúntes de ambos sexos, no todos muertos.

Pero dos de ellos, cuando menos, eran puro amasijo de huesos triturados, carne sangrante y rostros convulsos, entre las vigas demoledoras que hicieran astillas su esqueleto: un joven y una muchacha, cogidos fuertemente de la mano, crispados en una expresión suprema de horror y desesperación ante lo inevitable, desorbitadas sus pupilas frente a la muerte.

—Cielos, Randolph... —jadeó Cole—. ¿Los reconoces?

—Si —susurró el veterano federal, pasándose una mano trémula por su faz sudorosa—. Son ellos... Él es Ernest Mac Clure... Y ella es su amiga Eve Allyson...

—Lo sabía —musitó Cole, apretando los labios—. Estaba seguro de ello...

Y sus ojos se deslizaron, rápidos, hacia el cielo nublado.

Una abierta pinza de acero colgaba sobre su cabeza, oscilando al final de una larga cadena de hierro. Un camión-grúa aparecía detenido. Un hombre con casco amarillo corría hacia el lugar del suceso, clamando por lo sucedido...

Roger Cole arrugó el ceño. Un destello extraño cruzó sus ojos acerados.

* * *

—¿Muertos?

—Sí, Jane. Muertos los dos. También el portero del club. Y un repartidor ciclista... Pero lo extraño de todo ello es eso, precisamente.

—¿El qué? ¿La muerte de esos jóvenes?

—Exacto. Randolph creía que era una pura fantasía de uno de ellos. O de los dos. Iban a poner eso en claro. Mac Clure pedía refugiarse en el edificio del FBI. Y de repente...

—Pero fue un accidente, ¿no?

—Oh, sí —afirmó enfáticamente Roger Cole, mirando pensativo a su prometida—. Fue un accidente, eso es obvio. Un camión-grúa sufrió un fallo. Su conductor y manipulador es un hombre de historial limpio y honesto. El informe previo de los expertos señala una avería en el sistema de apertura de la pinza de la grúa. Pudo ocurrir en cualquier momento.

—¿Entonces, Roger? —se sorprendió Jane, poniendo músicaailable en el tocadiscos, y sentándose ante él—, ¿Qué es lo que te preocupa?

—No lo sé. Y quisiera saberlo, la verdad. Hay algo raro en todo esto. Los accidentes que no entiendo, siempre me preocupan...

—Ese amigo tuyo, del FBI, habló de un amigo demasiado imaginativo. ¿No estás cayendo tú en ese mismo error, querido? —sugirió Jane, con una sonrisa abierta.

—Tal vez —la miró, sacudiendo la cabeza. En la habitación confortable donde los peces se movían en su luminoso recipiente, la llovizna exterior, que empezara poco después de las cinco, Jane podía lucir aquellos *shorts* que estilizaban su figura y sus esbeltas piernas. Era realmente cautivadora y lo sabía. Lástima que estuviera preocupada él por otras cosas...

Jane sirvió licor en los vasos. La amplia terraza del lujoso apartamento en Watergate Building, asomada al centro washingtoniano, ofrecía un triste aspecto bajo la llovizna.

—Anima esa cara —invitó ella—. Creo, sinceramente, que los sucesos te persiguen. Apenas llegas a Washington para hacer un reportaje especial al presidente, cuando ya corre la sangre en una calle, justo delante de tus ojos. Imagino que *Boom* apreciará esa primicia.

—He enviado el reportaje urgente a la redacción —confesó Cole, ceñudo—. Davis se ha sentido perplejo. Esperaba noticias políticas, y recibe información de sucesos.

—Olvídalo. Ese suceso no puede ser sino lo que parece: una grúa falla, y unas personas mueren. Quizá tu amigo Randolph tenga razón. Quizá todo se reduzca al exceso de imaginación de un joven novelista... y luego el desdichado accidente lo concluye todo. No es nada excepcional. A fin de cuentas, ¿quién podía saber que Mac Clure y la chica estarían precisamente allí a esa hora, salvo el propio Randolph?

—Eso es cierto —convino, con repentina sorpresa, Cole—. Tal vez tengas razón, querida. No sabiendo nadie donde iban... Aunque eso no lo sabremos nunca, quizá. Si Mac Clure se lo dijo a alguien, o ella habló la... la muerte ha silenciado sus labios.'

—Bien, Roger. Supongo que eso cierra el asunto, al menos en lo que a ti respecta. ¿Y tú entrevista con el presidente?

—Es para mañana, sábado. El domingo es la reunión aquí en Watergate. Creo que os van a controlar a todos los que residís aquí, y de un modo muy minucioso. Habrá federales por doquier. Y agentes de la seguridad presidencial. E incluso policía militar.

—Si llego a saberlo... —suspiró ella, mirándole—. ¿Podremos, cuando menos, irnos a alguna parte a distraernos durante ese domingo político?

—No lo sé —confesó Cole, frotándose sus oscuros cabellos rebeldes, con aire reflexivo—. Te lo diré después de ver al presidente. Quizá me vea obligado a estar presente en Watergate este domingo... y entonces

no podría dedicarte a ti estas horas.

—Empiezo a temerme que este fin de semana en Washington va a ser poco divertido —se quejó ella—. Cuando menos, ¿me llevas a algún sitio esta noche?

—Eso, sí —sonrió Cole, poniéndose en pie—. Vamos, prepárate. Cenaremos... y saldremos hacia algún sitio divertido. Quiero olvidar al presidente, a la Casa Blanca... y también a esos dos muchachos.

Jane le miró con fijeza.

—Sobre todo... a ellos, ¿no es cierto? —puntualizó con voz grave.

—Sí —convino Cole—. Sobre todo... a ellos. No sé, Jane. Lo siento, pero no puedo evitarlo. Esos muchachos aplastados en el asfalto me preocupan. Es algo poco concreto, pero...

Se mantuvo silencioso. Jane entreabrió la vidriera de la puerta-balcón que asomaba a la terraza. La lluvia era fina y persistente. El aire, muy húmedo.

En el tocadiscos, la música era suave y apacible, para serenar los nervios. De alguna parte llegó otra música algo estridente, aunque de calidad. Jazz caliente.

—*Cemetery blues* —comentó Roger en voz alta—. Vaya, tienes algún vecino que sabe de música estilo New Orleans, querida...

—Oh, ¿eso? —Jane sacudió la pelirroja cabeza con gesto risueño—. Sí, los he Visto llegar esta misma tarde, a última hora... Venían del aeropuerto, por lo que oí en el corredor. Parecen un matrimonio muy sociable... muy selecto...

—¿Ocupan el compartimento vecino?

—Sí, justamente el de al lado —asintió Jane—. Oí su nombre. Creo que se llaman Jarrod... Señores Jarrod, eso es... Llevan bastante rato poniendo discos de *blues* en eh tocadiscos...

* * *

—Se lo dije, mi querido general... —el cigarro empezó a arder, mientras la llama del encendedor de oro, electrónico, rozaba el tabaco del grueso habano entre los labios del ex senador Ralston—. No habría nada de qué preocuparse a estas horas. Y así ha sido.

—Exacto. Así ha sido —afirmó lentamente el general Hawkins, con aire respetable—. Debo confesarle que tuvo razón. Es un hombre eficiente, senador. Y también su amigo Wallace. Esperemos que la imprudencia no se repita.

—No se repetirá. El culpable también ha pagado ya su propia responsabilidad. Es un cadáver sepultado ahora en el fondo del Potomac, general. Y con buen lastre en el cuerpo... Un lastre de mucho peso.

—¿Era un alto funcionario?

—Lo era —sonrió fríamente el ex senador—. Pero en estos momentos, oficialmente, se halla fuera de Washington por razones completamente legales. Tiene autorización para disfrutar de unas vacaciones, y así lo creen todos. No tenía familia, salvo en California.

—¿Quién era él, exactamente?

—Un funcionario de la Casa Blanca. Se enteró de ciertos detalles por un error. Y los transmitió, asustado, a Eve Allyson, en quien confiaba. Era una cadena. Pero rotos los tres eslabones, todo terminó.

—Repito; mis felicidades por su eficiencia. Ahora creo que puedo confiar en usted y en sus planes. Y, por tanto, sigamos adelante. ¿Está ya Jarrod en Washington?

—Está. Mañana recibirá nuestras instrucciones para establecer el contacto. Más tarde, iremos avanzando hacia el momento final. Y no está lejos, general. Ese momento es, justamente, el domingo... Faltan solamente cuarenta y ocho horas para la Hora Cero.

—Cuarenta y ocho horas... —murmuró el general Hawkins, entornando sus fríos ojos malignos—. Cielos, senador. Se me van a hacer muy largas, pese a lo breves que habitualmente son en especial en un *week-end*...

—Es que este *week-end* en Washington, amigo mío, resulta muy especial, muy diferente a todos los demás... Será el más sorprendente y terrible de todos, esté seguro de ello...

—Lo estoy —rió entre dientes el militar—. Lo estoy... por fortuna. Muy seguro...

Los dos hombres se miraron en silencio. Tomaron sus panzudas copas de excelente y costoso brandy francés. Las alzaron en un mudo brindis, con una feroz expresión de triunfo.

—Por el país —dijo roncamente el ex senador Ralston.

—Por el país... y por un futuro diferente, donde el mundo vuelva a ser nuestro si no de grado, por fuerza —murmuró el general Hawkins, con voz sorda.

Capítulo IV

ERROR

MILTON Jarrod dejó de escuchar música de *jazz*, apagando el magnetófono y extrayendo la *cassette* correspondiente.

Entornó los ojos, reflexivo. Valerie dormía en ese momento. Él estaba pensando, ayudado por la música. Pensando en el siguiente día, sábado.

Pensando en muchas cosas relacionadas con su tarea. Y preguntándose si habría sido prudente que ellos hubieran puesto en marcha aquella tarde un dispositivo de muerte que él no consideraba demasiado perfecto.

Sabía que Mac Clure y la chica conocían algo, una filtración de los planes de sus jefes, porque ella trabajaba en un departamento oficial del Gobierno, y había captado algo.

Eso, para Jarrod, era un error considerable. No le gustaban los errores. Ni la gente que los cometía. Esperaba que fuese el último.

Una vez cometida su parte tanto le daba lo que ocurriese si antes de la Hora Cero, alguien entraba en sospechas de que estaba sucediendo algo raro, las cosas se pondrían feas para todos.

Y eso no era un pensamiento agradable para Jarrod. Imaginar un fracaso, por cancelación de la visita presidencial a Watergate Building, o cosa parecida, sería un auténtico desastre. El plan funcionaba de un modo cronométrico y minucioso, encaminado a un solo y nítido objetivo:

La muerte del presidente de Estados Unidos.

Cualquier otra posibilidad, sería un rotundo fracaso. Y aquel «accidente» ridículo de la grúa averiada, pese a su sólida estructura, impermeable a toda pesquisa policial, podía despertar suspicacias en alguien demasiado receloso, empezando a resquebrajar la estructura toda del complot.

Al final, se irguió con un suspiro. Paseó por la estancia tras lomarse un combinado.

—Por fortuna, el tiempo es corto —se dijo—. Ya hemos entrado en la medianoche del sábado. Mañana, domingo. Eso significa que el plazo se agota...

Recordó la llamada que debía recibir a las diez de la mañana. A

través del teléfono, en esta ocasión, la operación «Tela de Araña» recibiría todo lo preciso para iniciar la segunda fase.

Unas personas honorables, alojadas en Watergate. El matrimonio Jarrod, cuyos informes ficticios figurarían ya en poder del FBI, proporcionados por los hábiles conspiradores de las altas esferas. Nadie sospecharía de ellos en absoluto. El apartamento era elegido de modo minucioso. Tenía que ser precisamente aquél, y ninguno más que aquél. Jarrod iba a saber, aquella mañana, las causas de tal emplazamiento preciso.

Apuró su combinado, y se retiró a descansar. Jarrod no sabía que, muy pronto, él mismo, sin quererlo, cometería su segundo error.

Y ése dificultaría más aún las cosas, aunque no detendría la marcha de la compleja maquinaria criminal.

Pero iba a traer unas complicaciones sangrientas que alterarían el plan previsto.

* * *

Roger Cole examinó su invitación a la Casa Blanca.

—Bien... —suspiró—. Por fin llegó el día del gran reportaje. Espero que todo salga bien.

Y besó cálidamente los labios de Jane. Sentíase satisfecho de aquella jornada y de lo que significaría en su vida profesional. Aunque todo ello no le había hecho olvidar el suceso de aquella tarde anterior en el club Woodward.

—Saldrá perfectamente —aprobó ella, entusiasmada—. El presidente sacará una magnífica impresión de ti, estoy segura.

—Es diferente ir solo, a formar parte de una rueda de Prensa —señaló Roger, pensativo.

Agitó su mano, y abandonó el apartamento del edificio Watergate, adonde había ido previamente, a saludar a su prometida, antes de la prueba suprema, como enviado especial.

Se cerró la puerta. Jane sonrió, moviendo la cabeza.

—Suerte, querido —dijo, ya a solas—. Sé que la mereces...

Caminó hasta la terraza. Pese a que lloviznaba, asomó. El toldo la protegía de la fina llovizna matinal. Consultó su reloj. Eran justamente las diez de la mañana.

Mucha gente estaba disfrutando del fin de semana fuera de la ciudad. Pero la Casa Blanca no gozaba de tal privilegio. El movimiento político exigía actividad permanente.

Jane asomó, tratando de vislumbrar lejanamente a Roger, cuando saliera a la calle, para emprender la marcha hacia la Casa Blanca. No pudo ver nada por culpa de la gris llovizna.

Se dispuso a retirarse al interior. Allí cerca sonó el timbre de un teléfono. Jane pensó inicialmente era el suyo, tan nítida era la llamada. Luego se dio cuenta de que la vecina terraza tenía la puerta-balcón entreabierta, y por allí llegaba el ruido del teléfono.

Jane no sentía curiosidad alguna por las llamadas ajenas, y se dispuso a entrar en su propio apartamento para entretener la espera leyendo algún libro y oyendo música. Recordó la sesión de *jazz* la noche anterior. Había creído oír más música de *blues* a medianoche, mientras descansaba. Evidentemente, a sus vecinos les gustaba dormir con la terraza abierta, pues los muros eran sólidos y no filtraban el sonido.

Una voz grave le llegó nítida desde el departamento vecino:

—Sí, Jarrod. Conforme, *Web*. Escucho. Sí, me enteré de lo de ayer. ¿No fue un error?

Jane enarcó las cejas. El hombre hablaba como si nadie le escuchara, y tenía razón para ello. Aunque aquel edificio se hizo famoso cierta vez por los teléfonos intervenidos, precisamente ahora nadie pensaba en eso.

Se dijo que era una indiscreta y se dispuso a cerrar las vidrieras. De repente, la voz volvió a interesarle:

—Sí, *Web*. Conforme en todo. ¿Eh? No, no los conozco. ¿Una mujer? Sí, creo que sí. ¿Sola? Oh, entiendo. ¿Él es periodista? ¿Y hoy tiene que ver...? Vaya, qué casual... Conforme...

Jane cerró la vidriera. Caminó, pensativa. Podía casi reconstruir la charla telefónica. Su vecino había sido informado por alguien de su propia vecindad de apartamento. Ella, una mujer sola. El... un periodista.

Y hoy, casualmente... tenía que ver a... ¿A quién?

Al presidente.

Bueno, tal vez fuese un simple comadreo, pero no tenía sentido. ¿Qué le importaba a su vecino todo eso? ¿Y al comunicante?

Otra frase suelta acudió a su mente: «...Me enteré de lo de ayer. ¿No fue un error?»

Lo de ayer.

Jane era imaginativa. Recordó la hora de llegada del aeropuerto de aquella pareja. Debían ser casi las siete. ¿Qué había ocurrido antes de llegar ellos? Allí, en Watergate, nada.

Pero ante los ojos de Roger, por cierto... un accidente mortal, del que el propio Roger se sentía impresionado y lleno de recelos inconsistentes. Claro que relacionar esas cosas era absurdo, pero ¿no habían hablado ellos del periodista que había sido recibido por alguien esa mañana?

—Jane, estás dejando volar ya tu imaginación demasiado —se dijo a sí misma, a medio tono—. Mejor será leer y oír música...

Y así lo hizo. Ya no supo más sobre su vecino, ni se acordó de él. La

mañana, gris y lluviosa, iba transcurriendo lentamente. Se preguntó cómo le irían las cosas en la Casa Blanca a su querido Roger...

* * *

—Estupendamente, amigos —confesó Roger Cole, con los ojos aún brillantes de satisfacción—. Todo ha sido excelente.

—Te felicito —dijo Randolph, estrechando su mano, y acompañándole hacia la salida—. He oído un comentario personal del asesor presidencial. Dice que le has causado una grata impresión y que tus preguntas han sido un verdadero acierto de periodismo inteligente.

—Bueno, podré remarcar esta fecha en mi calendario —rió de buena gana Roger. Miró a su amigo federal, y luego se volvió a la otra persona que le acompañaba, el miembro del departamento de Prensa de la Casa Blanca, Martin Miller. Eran también viejos amigos.

Martin Miller había comenzado, como él mismo, en un magazine de sucesos de Nueva York y luego, en vez de pasar al *Boom*, Miller tuvo la fortuna de coger una plaza en el *Times*, para saltar luego al *Washington Post*, y de allí a la delegación de Prensa de la Casa Blanca, donde tenía un cargo importante de relaciones públicas con los periodistas y agencias de información.

—Creo que puedes hacer carrera en esta ciudad —comentó Miller, risueño.

Cole hizo un gesto dubitativo, sin dejar de caminar hacia el exterior.

—Te advierto —dijo—, que la política no me entusiasma demasiado, Martin. Quizá por ello prefiera los sucesos y las aventuras, allá en Nueva York.

—Es más divertido, pero eleva menos al reportero —convino Miller, pensativo—. De todos modos, tienes capacidad para conseguir lo que quieras, Roger. Eso dependerá de ti por completo.

Llegaron al exterior. En los jardines, Cole recordó algo. Y abordó a Randolph, que iba callado y taciturno.

—¿Algo nuevo sobre el accidente de ayer? —preguntó.

—No, nada —negó el federal.

—¿Accidente? —Miller enarcó las cejas—. ¿Qué clase de accidente?

—Oh, uno en las cercanías del departamento de Justicia —explicó Randolph—. Unos muchachos querían protección federal. Y los mataron.

—Cielos... —Miller abrió mucho los ojos—. ¿Y eso es un accidente?

—Bueno, quiero decir que los mataron por fallo de una máquina —aclaró Randolph—. A Roger se le ha metido en la cabeza ver algo raro en ello.

—Y... ¿lo hay?

—No, Miller, claro que no. No hay nada —rechazó el policía—. La avería está comprobada, y el empleado que la sufrió es de confianza. No, no se le pueden buscar los tres pies el gato.

—Son resabios de un reportero de sucesos —rió Miller de buena gana—. Siempre ve algo misterioso hasta en lo más vulgar, ¿no es cierto, Roger?

—Sí, me temo que sí —afirmó Cole gravemente, con la mirada perdida en la lejanía nubosa del triste día lluvioso—. No me hagáis nunca demasiado caso. Sería capaz de inventarme hasta una conspiración política dentro mismo de la Casa Blanca, sólo por hallar algo emocionante a este mundo washingtoniano.

Miller le miró asombrado, rompiendo luego a reír. Randolph, en cambio, pegó un respingo, y le miró, con la mandíbula colgando.

—Diablo, Roger, dices unas cosas... —rezongó, mirando en torno—. Sólo faltaría que, ni siquiera aquí dentro viviera uno tranquilo...

—Me temo que si sigues mucho tiempo en Washington, acabarás haciendo ver espías orientales por doquier, y saboteadores de un país del Este como hombres-rana en el río Potomac —dijo Miller, riendo—. ¿Qué tal si vamos a tomar algo por ahí, para ahuyentar tan terribles suposiciones?

—Es una gran idea, amigo mío —convino Randolph.

Y los tres camaradas se encaminaron a un lugar de esparcimiento dentro mismo de las áreas de la burocracia gubernativa de Washington.

* * *

Los informes habían sido en clave.

El código, fácil de memorizar para su traducción mental inmediata, le proporcionó a Milton Jarrod la información adecuada.

Salió del edificio Watergate, encaminándose al lugar señalado por el mensaje telefónico. Iba pensando en algo que le dijera su anónimo informante de *Web*: tenía un vecino particularmente casual. Era una vecina, en realidad.

Su nombre, Jane Hyer. Prometida de un reportero neoyorquino llamado Roger Cole. Precisamente esta misma mañana, tenía una entrevista especial, concedida por el presidente.

—También tiene gracia la cosa —comentó para sí—. No me gustan los periodistas. Y menos cuando andan cerca de mí, y además se relacionan de algún modo con mi trabajo actual...

Pero no podía hacer nada. Ni siquiera cambiar de apartamento. Eso, menos que ninguna otra cosa. Aquél era un lugar decisivo en el complot.

Alcanzó una zona suburbana de la ciudad, y se encontró con una serie de modernos edificios, repletos de oficinas comerciales de mediana

condición. Buscó una llamada *World Enterprises Buildings*. Estaba en la planta octava de uno de aquellos edificios.

Pulsó el timbre. Una joven de gafas redondas y rostro pecoso, le hizo pasar. Llevaba un suéter dos tallas menor al que le correspondía. Los senos no hubieran podido oprimirse con uno normal, de modo que allí, los resultados eran espeluznantes. Pero Milton Jarrod no era un admirador de las opulencias femeninas. No cuando trabajaba.

Miró fijamente a la pizpireta moza del suéter ajustado, y manifestó, muy seco:

—Me envían desde la agencia de Nueva York.

Era una frase convenida, sin duda. La muchacha se estiró el suéter cuanto pudo, para taparse el estómago, y su torso estuvo a punto de reventar la malla de lana.

—Espere un momento —dijo, indiferente. Y entró en otro despacho, con un exagerado contoneo de nalgas y caderas.

Cuando reapareció, se hizo a un lado, haciéndole pasar dentro de un despacho frío y funcional. Un hombre delgado, de gafas oscuras, estrechó su mano. Luego, le entregó un paquete rectangular.

—Tome —dijo—. Es el modelo que solicitó su agencia la semana pasada. Esperaremos su pedido, si realmente le gusta. Y la factura por el pago correspondiente le será enviada por correo. Es un placer, señor. Buenos días.

No se podía decir que le hicieran perder el tiempo. Con su envoltorio rectangular, regresó al edificio Watergate. Aún no se registraba a nadie, y menos a los ocupantes de los apartamentos de lujo, aunque observó la presencia de agentes de seguridad en el vestíbulo.

Pese a todo, cuando entró en el ascensor, observó que un par de personas eran llamadas a conserjería, por alguna razón. Ambas llevaban envoltorios consigo. Jarrod sonrió para sí.

—Células fotoeléctricas —se dijo—. Detectan objetos metálicos y cosas así.

No le detuvieron a él, ni le requirió persona alguna. Subió a su piso. Valerie había dicho que iría de compras mientras tanto. El probó primero por si estaba allí, pulsando el timbre repetidamente, sin resultado. Utilizó la llave y entró.

Cruzó el apartamento en su totalidad, hasta entrar en el lavabo y baño. Cerró con pestillo.

Desembaló cuidadosamente el envoltorio. La caja era de materia plástica. Una vez abierta, reveló la presencia de una serie de piezas, igualmente de plástico, pero de una condición especial, sumamente duro y resistente.

Las extrajo, una a una. Empezó a armar las piezas entre sí, con breves intervalos para meditar sobre su estructura total. Cuando hubo

terminado, enarboló lo que había conseguido.

Una especie de pistola de largo cañón o rifle de cañón corto, con una cómoda culata. Situó en su cargador cilíndrico, uno de los cuatro cilindros de plástico rojo que llevaba dentro el envoltorio.

Aparentemente, era como un juguete, un arma infantil, incapaz de causar daño a nadie. Se puso en pie, abriendo la ventana del baño. Asomó por ella. Miró al exterior.

Un hondo patio interminable, respiradero del edificio en aquel punto, iba a morir abajo, sobre un suelo de metal y vidrio. Jarrod frunció el ceño, extrayendo el arma por el hueco de la ventana. Apuntó hacia abajo, sin vacilar.

Y apretó el gatillo de la extraña arma plástica, contenida en aquel paquete que, en modo alguno podía ser detectado, puesto que no poseía elemento metálico alguno.

No hubo estampido alguno. Ni siquiera un sonido hueco o sibilante.

Era un disparo silencioso. Pero de la boca del arma brotó una especie de chorro pastoso, que se quedó adherido a la pared, y cobró el color exacto de ésta, fundiéndose totalmente con ella.

Con una mueca, Jarrod dejó el arma sobre el depósito del water, y salvó el hueco de la ventana, saliendo al exterior. En vez de caerse abajo, en vertical, hasta estrellarse, puso sus manos y rodillas sobre el punto de la pared donde extendiera el arma la materia plástica... y una perfecta adherencia, de la que se desprendía a voluntad con toda sencillez, pudiendo moverse por el muro como un hombre araña.

Bajó así dos o tres plantas. Todas las ventanas estaban herméticamente cerradas. Jarrod regresó luego a su piso, de igual modo y con la mayor facilidad imaginable.

La rara excursión vertical había terminado. Milton Jarrod se sentía satisfecho de ella. Cerró de nuevo la ventana, guardó el arma en el depósito del water y regresó al *living*, tras limpiar cuidadosamente sus huellas.

Todo iba bien. La carga rotulada con la letra A, había sido utilizada. Ya tenía aquella materia deslizante, que duraría más de cuarenta y ocho horas, con total adherencia, confundida con el muro, hasta difuminarse ante la mirada más penetrante imaginable.

Luego, las cargas B., C., y D., por este orden, completarían su tarea. «Armas insólitas para un genio del crimen», pensó.

Todo nuevo, silencioso, cómodo, ligero... y mortífero en sus resultados.

Cuando Valerie llegaba por el corredor, le sorprendió escuchar que venía conversando con alguien. Intrigado, escuchó tras la puerta. La voz de Valerie sonó muy cerca ahora. Ella y su interlocutor estaban detenidos allí cerca, junto a la puerta...

—...Ha sido un placer, señor Cole. Verdaderamente, no hemos tenido mucha suerte en nuestro viaje a Washington, pero en el fondo, además de ser una excursión, también mi esposo debe dedicarse a sus negocios, incluso en pleno fin de semana.

—Nos tiene a su disposición a mi prometida y a mí, señora Jarrod —habló un hombre, con voz cálida y profunda—. Para todo cuanto precise, sabe que nos tiene a su disposición... aunque es mi prometida quien realmente reside aquí estos días...

Hubo una despedida cortés. Luego, Valerie abrió la puerta y entró. Jarrod la miró con mal disimulada ira.

—Hola, querido —se sorprendió ella—, ¿Ya de vuelta?

—Hace rato —afirmó él, seco—. ¿Y esas voces? ¿Con quién hablabas?

—Oh, el joven cuya prometida ocupa el apartamento vecino, Milton —habló ella, voluble—. Es un periodista muy educado y simpático, que...

—No me gusta entablar amistad con vecinos —cortó Jarrod.

—Pero, querido, si subía en el ascensor y hablamos de...

—No me interesa como fuese. Procura, en lo sucesivo, cuando estamos fuera de casa, en algún viaje de placer o de negocios, no entablar amistades.

—Milton, yo creí que...

—Creíste mal —se mostró acerado—. Muy mal, Valerie. No me gusta nada de eso.

—Pero querido, yo...

—Acabemos —cortó, glacial—. Es todo cuanto tengo que decirte. En lo sucesivo, no quiero repetirme nada así.

Ella le miró, perpleja, sin saber qué pensar. Con gesto airado, se alejó hacia el fondo del apartamento, dejándola allí sola y desorientada.

—Milton está muy raro... o siempre ha sido así y me ha engañado anteriormente —se quejó para sí la supuesta esposa del criminal por contrato—. Debe ser este clima.

Y distraídamente, se encaminó al baño, donde se encerró para repasar su *toilette*. Entretanto, Jarrod escuchaba música de *jazz* en su magnetófono, con la mente situada muy lejos...

Capítulo V

RED DE SOSPECHAS

ROGER Cole había terminado de escribir a máquina su reportaje especial en la Casa Blanca. Lo introdujo en un sobre para enviarlo al *New Yorker Boom*.

—Y ahora, tiempo libre por completo —suspiró, risueño— ¿No es magnífico, Jane?

—Eso quiere decir que vamos a divertirnos desde este momento —rió ella, alegremente.

—Algo así. Mañana es posible que intente un reportaje de la entrevista en Watergate de ambos candidatos. Creo que se van a hablar cosas trascendentes sobre el futuro del país. Se espera que de ahí saiga una decisión que aleje todo peligro de guerra.

—¿Te permitirán deambular en la planta de la reunión? —dudó Jane.

—Tengo a Martin Miller y al inspector Randolph para conseguir algo positivo. Ah, y también al coronel Mac Travish, del Pentágono, que es un buen amigo de la familia... Todos estarán mañana aquí, en este edificio. Ya se están tomando medidas rigurosas de seguridad. Nadie sospechoso puede estar aquí; ningún elemento extraño.

—Tal vez nuestro vecino sea uno de ellos, puesto que tanto se preocupa por nosotros.

—¿El vecino? —dudó Cole, enarcando las cejas—. No lo creo, Jane. Acabo de encontrarme con una dama en el ascensor, y era su esposa. Dijo llamarse Valerie Jarrod. Son también de Nueva York, y han venido por negocios a esta ciudad. Y ¿sabes lo más curioso? No sé si exagera, pero afirma que su esposo tiene que ver al presidente.

—¿Eso es posible?

—La verdad, no lo hubiera creído. Pero la mujer parece sincera, y tiene aspecto de dama honorable. ¿Por qué dijiste que se interesaban por nosotros?

Jane se lo contó. Cole la escuchó, curioso, y sacudió la cabeza, sin hacer comentario alguno.

—Bueno, es posible que ello tenga más sentido, ahora que tú dijiste eso —concluyó Jane, reflexionando en voz alta—. O que sean en

realidad agentes de seguridad.

—Sean quienes fueren, no puede importarnos mucho su vida. ¿Preparada para salir, Jane?

—Todo a punto —sonrió ella.

Se encaminaron a la puerta. Al salir, Cole contempló fijamente algo que sobresalía de la puerta vecina. Lo señaló.

—Mira —dijo—. Es un llavero. La señora Jarrod lo olvidó ahí, sin duda, al entrar.

—Eso se arregla enseguida —sonrió Jane—. Llamaremos a su puerta y asunto concluido.

Roger observó cómo llamaba ella. También observó algo: el llavero mostraba un colgante ovalado, con dos iniciales: V. O.

—Valerie Jarrod... —murmuró—. Eso no coincide. Valerie O...

Se abrió la puerta. Emergió el rostro frío y desconfiado de Milton Jarrod. Simuló una sonrisa cortés al verles.

—¿Desean algo, señores? —preguntó con su mayor corrección.

—Solamente avisarles de que el llavero pende aquí fuera —dijo Jane, solícita—. Tal vez su esposa lo olvidó, al subir hace poco con mi prometido...

—Sí, seguro —afirmó Jarrod, esbozando una sonrisa. Recogió el llavero. Pareció ver entonces las iniciales grabadas. Rápido, alzó los ojos. Miró a Jane, pero también clavó su mirada, fugazmente, en el rostro enérgico del joven Roger Cole. Añadió, rápido—: Es un recuerdo de mi esposa, de cuando era soltera... Muy agradecido, señores...

Y con otra cortés sonrisa, cerró la puerta. Jane y Cole se miraron, siguiendo hacia los ascensores. El joven reportero comentó en voz alta, sobresaltando a su prometida:

—Mintió ese hombre, Jane.

—¿Qué? —exclamó ella—. ¿Eso no es muy fuerte?

—Es lo cierto. Ese llavero es de un modelo nuevo, que se puso a la venta en Nueva York el año pasado, y se anunció bastante. En el ascensor, ella me dijo que llevaban muchos años casados. Y según ese llavero, el año pasado ella no se llamaba aún Valerie Jarrod.

—Eres todo un detective. Mente analítica, observación de detalles... Nuestros vecinos empiezan a resultar sospechosos. O, cuando menos, muy misteriosos. Comenta eso en *Boom*, y dirán que no puedes salirte de tu mundo de sucesos y de enigmas.

—Ríete, Jane, pero yo tengo razón. Tal vez no tenga la menor importancia, pero las cosas son así. Ahora, olvidemos todo eso, y pensemos en nosotros mismos, cariño.

Poco después abandonaban el edificio Watergate, y parecían haberse olvidado de todo.

Valerie Olson se levantó temprano aquella mañana del domingo. Eran solamente las siete, y no había clareado aún. Para su sorpresa, Milton no estaba ya en la cama.

Sé incorporó, y fue al baño, esperando verle allí. Tampoco estaba, ni vio el menor rastro de él. Pero ella se metió en la ducha, sin preocuparse de más.

Al salir, limpiando su cuerpo de agua con la toalla, sus ojos se fijaron en el *closed*. Había un charco de agua al pie. Vio gotear pausadamente. Miró a lo alto.

Procedía del depósito. Resultaba raro aquello. Hasta entonces, no había sucedido nada con el agua del depósito. Era molesto ver aquello tan encharcado. Recogió el agua, y miró disgustada cómo volvía a formarse, con cierta rapidez, otro charquito.

Suspiró, malhumorada. Era de buena estatura, de modo que puesta en pie en el *closed*, alcanzó el depósito y su mano delgada trató de buscar la causa de la avería.

Sus dedos tropezaron con algo que había obstruido, por causa del nivel de agua, el funcionamiento del mismo. Quitó la tapa de loza verde. Tiró de algo que frenaba el sistema de evacuación del agua... y se encontró con un envoltorio en su mano.

Un envoltorio formado por una caja plástica rectangular, que contenía algo. La contempló con extrañeza y honda curiosidad. La abrió.

—Un juguete... —se dijo—. ¿Qué hará aquí?

Observó su forma, la presencia de una especie de cartuchos de plástico rojo, cilíndricos, rotulados con letras: B, C, D...

Dejó todo eso a un lado. El fondo de la caja de plástico, la componía una lámina totalmente lisa que, al ser despegada del fondo, reveló un reverso impreso con una especie de curiosa composición fotográfica.

Atónita, Valerie Olson descubrió allí el plano completo de una sala, con varias personas sentadas en torno a una mesa. Se leía en diversas partes: Prensa, agentes FBI, Seguridad Presidencial, cámaras de TV... Luego, dos asientos con dos figuras perfectamente dibujadas. Debajo de una, se leía: «Candidato». En la otra: «Presidente».

Al fondo del plano, un recuadro angosto, una ventana. Y en ella, un boceto que representaba, al parecer, la pistola de juguete que tenía ella ante sí ahora. Desde esa ventana se veía el muro de un cuarto de baño. Luego, al otro lado del muro, la sala. Y una línea de puntos rojos, desde el arma, a través del baño, el tabique... y la sala de la reunión.

La línea de puntos iba a morir en la cabeza del presidente, de modo matemático.

Pero lo peor de todo, era el anagrama puesto en la ventana. Y la

firma del gráfico.

Respectivamente, decía allí: «Jarrod». Y «Web».

Valerie lanzó un ronco gemido. Dejó todo nuevamente donde estaba. Tal como lo encontrara, y tapando finalmente el depósito del *closed*. Luego, saltó a la moqueta. Le temblaban las manos violentamente. Estaba realmente llena de terror, de angustia.

—No, no... —se dijo—. Aquella fotografía, el viaje a Washington, su comportamiento, esa especie de raro juguete plástico, el emplazamiento de las figuras... «Web» es esa supuesta entidad para la que trabaja Milton... Ese gráfico... señala los salones de abajo, donde hoy se reunirán a mediodía todos ellos... El baño, la ventana... De alguna manera se descolgará por el patio y... ¡Cielos, tengo que hacer algo! No puedo dejar que nuestro presidente sea... sea asesinado... a manos de Milton...

Rápidamente, tomó una decisión. Se encaminó a la puerta para salir al corredor. Llamaría a quien fuese, pediría ayuda, escaparía...

Se detuvo, angustiada. ¿Era una actitud prudente? Lo más probable es que la tomaran por una chiflada. E incluso que llamaran a su esposo, echándolo todo a rodar.

Ahora tenía miedo. Miedo por el presidente. Miedo por ella también.

Empezaba a comprender los accesos de ira de Milton. Si era un enemigo del Gobierno, un saboteador, un magnicida... ¿ante qué podría detenerse? Absolutamente ante nada.

Aquel hombre era un peligro de muerte para ella. Si adivinaba lo que había descubierto, no habría piedad. La mataría para que no hablase. No podía correr el riesgo de que él la sorprendiese en el corredor, o hablando con su joven vecina, si decidía pedirle ayuda.

Decidió tomar un camino mejor y más seguro para salir de aquel cerco angustioso en que se había convertido repentinamente su vida en común con Jarrod.

Ahora entendía el porqué de aquel pretendido matrimonio respetable que fingían. El necesitaba pasar en Watergate, en todo Washington, por un honorable hombre de negocios, con una esposa honorable.

Ella era su coartada. Y si ponía en peligro esa coartada por alguna razón, él no dudaría en deshacerse de ella lo más calladamente posible.

Valerie se sentó ante la mesa-secreter del confortable apartamento. Extrajo el bloc de cartas, de suave papel rosado, para señora. Tomó un bolígrafo y escribió con rapidez:

«Por favor, amiga mía:

»Avisa a su prometido periodista. Que llame al FBI. Es gravísimo. Van a atentar contra el presidente en Watergate.

»Bajo ningún pretexto hable con mi esposo. Estoy aterrorizada. ¡Ayúdeme! Valerie Olson, su vecina.»

Satisfecha, salió a la terraza. Afrontando el aire húmedo y la pertinaz llovizna, se inclinó sobre la terraza vecina. Tiró el papel, algo plegado para que no fuese juguete del aire, y lo vio caer, satisfecha, junto a la puerta-balcón vecina.

—Ahora... esperemos que se levante *antes* de que el presidente haga su pública visita a Watergate, para pactar con su antagonista, el candidato. En caso contrario... no habría remedio.

Trató de serenarse, tomando un comprimido para los nervios, con un poco de agua.

Cuando chascó el pestillo de la puerta, Valerie sintió un vuelco tremendo en el corazón, y un frío intenso invadió su cuerpo.

Supo lo que era sentirse presa del pánico. Supo lo que era perder toda capacidad de ficción, ante sólo la terrible proximidad de aquel hombre que abría la puerta.

—Hola —masculló Jarrod, sorprendido—. ¿Qué diablos haces tú, levantada tan temprano?

Venía del exterior, del pasillo del hotel, con batín y pijama. Hubiera querido preguntarle con simplicidad qué estaba haciendo tan temprano por el exterior del apartamento, pero se le atragantó la saliva y se quebró su voz. Cuando él, intrigado, la miró, ella se tomó lívida primero, para enrojecer después.

—No... no tenía sueño... —logró tartajear ella al fin—. Me... me fui a duchar.

—¿Sí? —él mantuvo en ella muy fija su mirada de búho—. Bueno, eso no resulta tan extraño, después de todo... ¿Por qué estás nerviosa?

—¿Nerviosa yo? ¡Oh, no! —trató de sonreír, con desastrosos resultados—. Es que... es que este tiempo me deprime, eso es todo, querido...

—Ya —Milton Jarrod parecía ver en ella raras actitudes que no entendía. Caminó hacia el cuarto de baño, con aire indiferente—. ¿No me preguntas de dónde vengo?

—Pues... ¡Oh, qué tonta soy! En efecto, ¿cómo has salido tan temprano?

El giró la cabeza. Le dirigió una mirada maligna, por encima del hombro, y el color huyó del rostro de ella, como borrada de golpe. Hubo un silencio incómodo.

—Me despertó el movimiento en las plantas inferiores —explicó—, al asomar a curiosear, un agente de Seguridad me hizo descender e informar de quién era, qué apartamento ocupaba y todo eso. Parece...

parece que teman algo en torno a nuestro querido presidente. ¡Qué tontería!, ¿verdad, cariño?

—Sí, es una tontería... —ella tosió, ahogándose casi. Sintió sofoco en sus mejillas, el temblor violento en sus manos, hundidas en los bolsillos de su bata para disimularlo.

—Es, justamente, lo que yo dije —sonó la fría voz de Jarrod antes de entrar en el baño y cerrar tras de sí.

Valerie se apoyó en el muro. La transpiración daba una humedad fría a sus manos y rostro. Notaba las gotas de sudor incluso entre sus cabellos y cejas.

El sospechaba. Su mirada era significativa. Él sabía que ella había descubierto algo. Quizá lo mejor era salir también ella, asomar al corredor. Así la llamarían los agentes de Seguridad, y ella estaría a salvo entre ellos.

Sonaba el grifo del lavabo con fuerza. Ella se movió, cautelosa, hacia la salida. Ya no podía fiarse de nada. La vecina no podía resolverle cosa alguna. Si Milton sospechaba, podía matar igual a una que a dos. Aquel simpático y joven reportero quizá tardaría en llegar, tal vez estaría entre los invitados, abajo, y cuando supiera algo, sería tarde.

Valerie alcanzó la puerta. Tomó el pomo, comenzó a hacerlo girar. Atrás, en el baño, el grifo seguía sonando con fuerza, y eso la tranquilizaba. Jarrod continuaba allí. Podía salir, intentar evadirse, a la desesperada. Cualquier cosa, menos quedarse a solas con él.

Empezó a deslizar el pestillo, giró el pomo, siempre sobre el ruido lejano del grifo de agua... ¡y una mano fuerte y segura cayó sobre su boca, amordazándola, al tiempo que otra mano llegaba rápida al pestillo, pasándolo de nuevo, y sujetando sus dedos contra él!

El terror de Valerie fue tal, que, de no haber sido amordazada por aquella mano, hubiera estallado en un incontenible grito de angustia y de pánico.

—No, preciosa —dijo la voz ronca de Jarrod, muy cerca de su oreja, mientras ella desorbitaba los ojos—. No soy tan tonto. De aquí no se sale... con vida.

SEGUNDA PARTE

HORA CERO

Capítulo VI

EL MONSTRUO

MILTON conducía a Valerie, siempre amordazada por su mano, hacia el sofá del *living*. Por el ventanal de la terraza, la mañana era lluviosa y triste. Empezaba a clarear.

Jarrood la puso en el asiento, sin soltarla. La miró fríamente. Su rostro no reflejaba sino ira, un evidente mal humor por aquella imprevisible complicación.

—Siempre igual —refunfuñó—, ¡Malditas mujeres! Se elige a una, inteligente y sensata, como coartada para algo grande... y todo lo ha de estropear su condenada curiosidad.

Ella le miraba con sus ojos dilatados, con el rostro convertido en una máscara de yeso. Jarrood era otra máscara, pero ésta de fría y remota humanidad.

—He visto que removiste el depósito. ¡Qué imbécil, cielos! Has debido verlo todo: el arma, los cartuchos, el diseño... No entiendes mucho, pero lo suficiente, ¿no? Querías largarte ahora. Hubiera sido más inteligente meterte en la cama, fingir que dormías... Una vez ocurrido todo, tanto me daba que hablastes o no. Ya no sería nunca más Milton Jarrood, sino otro caballero, cuya documentación tengo ya preparada. Lástima... Tu estupidez ha echado a rodar muchas cosas. Entre ellas, tu vida. Sí, Valerie. Lo siento mucho, pero tengo que hacerlo, ¿entiendes? No, no sufrirás. No soy un sádico.

Sólo que si hay que tapar una boca... se tapa. Y nada más.

Valerie se agitó entre sus brazos, pretendiendo luchar, desasirse, decir algo.

—No, querida. Nada de diálogo. A lo mejor llorarías, me convencerías con cuatro tonterías... No hay margen para riesgos. No quiero correr ninguno. Es lo malo de meter las narices demasiado adentro. Cuando se quiere salir, ya no se puede. Adiós, preciosa...

Y antes de que ella entendiera algo, la mano zurda de Jarrood se alzó, cayendo brutalmente contra la nuca y la oreja de Valerie Olson.

Sin un gemido, ella rodó de bruces, quedando inmóvil a los pies de Jarrood. Este se inclinó, comprobando que estaba viva. El golpe la había dejado inconsciente. Milton resopló:

—Lástima... Eras una actriz aceptable... y una esposa convincente.

Luego, tomó una estatuilla de bronce, situada sobre el soporte de mármol de una chimenea. La alzó sobre Valerie.

Al tercer impacto ya estaba muerta. La sangre corría, en un denso hilo, por su oreja y sus fosas nasales. Era la única señal ostensible de violencia. Eso, y unos hematomas que aparecían donde la estatuilla martilleara mortalmente el cráneo.

Jarrod respiró hondo, limpiando de huellas la figurilla, y condujo el cuerpo a la cama, depositándolo dentro y cubriéndolo con las ropas, hasta casi la nariz.

—Ahora, a esperar... —murmuró fríamente, encendiendo un cigarrillo. Ni un leve temblor en su pulso, tras el crimen a sangre fría recién ejecutado. Era un hombre experto en esas lides. Murmuró para sí —: En caso de que alguien preguntase... ella está enferma. Es una buena solución de emergencia, por tan pocas horas.

Se disponía a sentarse, cuando sus ojos se clavaron en algo que aparecía sobre la mesa-secreter de Valerie.

El bloc de cartas color de rosa.

—¿Qué hace eso ahí? —musitó entre dientes, preocupado. Meneó la cabeza, cambiando de iniciativa, y encaminándose adonde aparecía el bloc de papel rosado. De repente, tina nueva posibilidad había cruzado por su cerebro. Quizá Valerie había cometido algún otro error antes de morir. Un error que podía costarle a él la vida. Y el fracaso de su misión.

Llegó ante el pupitre. Se inclinó sobre el bloc de cartas. La luz no era muy intensa en el apartamento. Aun así, revelaba ciertas rugosidades en la superficie de papel color de rosa. Rugosidades en línea recta, de cierta regularidad.

Huellas de trazos.

La presión de algo, un lápiz o bolígrafo, sobre el papel, había dejado su señal en el inmediato inferior. El papel donde se escribiera, no estaba allí. Sus ojos se fijaron en la línea superior de orificios, de donde se había arrancado la supuesta hoja escrita. Tenía algunos jirones rosados. La hoja fue arrancada con premura. De otro modo, el corte hubiese resultado más regular, dada la facilidad con que podía ser desprendido el papel del resto.

—Una carta... —reflexionó en voz baja. Miró en torno. Revisó el mueble, sin encontrar nada especial en derredor. Y menos aún una carta.

Rápidamente, tomó un cenicero. Espolvoreó ceniza sobre el papel rosado. La frotó suavemente con los dedos, de un modo regular, en la superficie. Luego, sopló, con cuidado.

El resto de la ceniza se marchó, quedándose incrustada en los trazos la que no voló con su aliento. Ciertas letras se delinearon gracias a la

ceniza.

Palabras legibles, saltaron ante los ojos sorprendidos de Jarrod, y aunque incompletas en su totalidad, con un sentido muy concreto y significativo:

«...Amiga mía... Prometido periodista... Llame al FBI... Atentar contra... Presidente... Watergate... Mi esposo... Aterrorizada... Ayúdeme... Valerie... Vecina.»

Centellearon vivamente los ojos helados de Milton Jarrod. ¡Vaya si tenía sentido! Un estremecimiento agitó su cuerpo. Se irguió, realmente alarmado. Cruzó la estancia, abrió la puerta, clavó sus ojos en la de sus vecinos, herméticamente ajustada. Tuvo una breve duda. Luego, giró la cabeza, y sus ojos fueron a parar a otro punto del apartamento.

La puerta balcón de la terraza.

Rápido, cerró la puerta, del corredor. Se encaminó hacia el ventanal asomado al nuboso y triste exterior. La luz matinal era lívida y gris. No tardaría en volver a llover. Pero eso a Jarrod le tenía sin cuidado.

Ahora, en estos momentos, otra cosa muy diferente era la que le preocupaba: una misiva escrita presurosamente por Valerie Olson. Un mensaje de socorro. La información más peligrosa que podía darse. Si llegaba a manos de su destinataria, y ésta la transmitía a alguien, todo estaría perdido.

Si aún era tiempo, era preciso evitarlo. Por cualquier medio a su alcance.

Jarrod abrió las hojas de vidrio suavemente. Pisó la terraza. El aire húmedo azotó su rostro con inclemencia. Avanzó hasta la divisoria de la terraza, que separaba a ésta del vecino apartamento. Washington, frente a él, era una ciudad fría y burocrática.

Abajo, coches del FBI, del ejército y de la Casa Blanca, rodeaban el edificio, en un cerco que nadie podía salvar. La zona de seguridad reservada al presidente y al candidato presidencial, era ya un coto cerrado, donde solamente los periodistas especializados y el personal debidamente autorizado, que debía identificarse sin lugar a duda alguna, tenían acceso.

Lo divertido para Jarrod, era que el presunto enemigo, el peligro que todos temían pudiera llegar del exterior, estaba ya allí mismo: agazapado en el interior, más cerca del presidente y de su antagonista político de lo que nadie hubiera sospechado.

Pero todo eso podía servir de muy poco ahora, si las cosas se desmoronaban por culpa de una mujer asustada. Miró a la terraza vecina. No descubrió rastro alguno de papel o sobre de ninguna clase. La lluvia formaba charcos entre las plantas, pero eso era todo. Los ojos agudos de Jarrod, habituados a leer en los pequeños indicios con tanta o

más facilidad que en un libro abierto, descubrieron algo inquietante en el pavimento de la terraza, algo más allá de los leves charcos de agua.

Huellas de pisadas sobre la zona seca.

Un calzado de mujer había pisado partes húmedas, dejando después su huella en el pavimento seco. Huellas que iban y venían.

Los nervios de Jarrod se pusieron tensos, como cables de acero.

El peligro crecía por momentos. Podía casi reconstruir los hechos últimamente acaecidos cerca de él con una seguridad minuciosa y completa.

Se imaginó que él era Valerie. Y en breves segundos, su mente rápida reconstruyó una serie de acontecimientos de la más pura y fría lógica.

Valerie descubre «algo» en el depósito de agua del *closed*. Lo traduce en su significado exacto. Se asusta. Escribe un mensaje, y busca a quien dárselo. La proximidad de una vecina, una persona de su mismo sexo, a fin de cuentas, la hace dirigir el texto a la joven prometida de aquel periodista de Nueva York. Y en vez de arriesgarse a salir al corredor, ya que teme el regreso de él en cualquier momento, sale a la terraza, y arroja el mensaje a la vecina terraza. Luego, se dispone a esperar, inquieta y aterrorizada, a Milton Jarrod.

En el apartamento inmediato, alguien ve en la terraza la mancha clara del texto metido en un sobre. Acuden y lo recogen, dejando huellas de pisadas en la zona seca, ya que 'desde el punto en que Valerie ha podido situarse para arrojar la misiva, ésta forzosamente tuvo que caer, dado su poco peso, entre los leves charcos de lluvia.

Por tanto... la vecina tenía ya en su poder, en estos momentos, el mensaje de Valerie.

Milton Jarrod, en tal circunstancia, no podía dudar lo más mínimo. Y no dudó.

Como todo estaba perdido. No arriesgaba nada. La rapidez, en estos instantes, era decisiva. Podía significar la diferencia entre cumplir su misión o no. Y entre morir o vivir.

Su mano buscó rápidamente un arma. Un arma convencional, no aquellas otras especiales, reservadas para el presidente. Una silenciosa automática, que apretó con fuerza.

Saltó el parapeto de terraza a terraza, con agilidad y sigilo. A pesar de que para ello tuvo que mover sus piernas en el vacío, sobre la calle, no sufrió la más leve impresión. Era un hombre por encima de temores y de inquietudes. Cuando actuaba, Jarrod era un perfecto combinado de hombre astuto y de máquina implacable, desprovista de sentimientos.

Cayó en la terraza inmediata, con suavidad, sin hacer ruido. Sólo el roce de su cuerpo con las plantas de anchas hojas húmedas, distribuidas por toda la zona.

Las circunstancias le ayudaban en parte. La puerta— balcón estaba

entreabierta. Dentro, la joven vecina parecía interesada en algo. En pie, cerca de un mueble, inclinada su cabeza, le daba la espalda a Jarrod, muy abstraída por alguna razón.

Los ojos de Jarrod pestañearon rápidamente.

Estaba leyendo. Leyendo un papel color de rosa...

De los dedos de la vecina cayó un rectángulo rosado al suelo: un sobre rasgado. Entre sus manos quedó un pliego crujiente, con algo escrito en él. Jarrod, agazapado ya en la entrada al apartamento, no perdía de vista la expresión de la mujer.

Observó el temblor leve de sus dedos, estrujando la carta. La crispación de su boca, la súbita luz de incertidumbre y horror en los bonitos ojos de la muchacha...

Había entendido muy bien el contenido del mensaje. Y se daba cuenta de su trascendencia. Ahora, evidentemente, luchaba entre admitir como razonable algo tan increíble, o rechazarlo.

Evidentemente, la nota de Valerie era persuasiva. Concreta y rotunda, había hecho mella en Valerie. Eso no ofrecía dudas a Jarrod.

La oyó musitar algo entre dientes. Por fortuna, la joven estaba sola en estos momentos. Pero eso no resolvía las cosas de un modo definitivo.

La vio dejar el mensaje sobre el mueble inmediato. Luego, Jane hizo lo que él estaba temiendo durante todo ese tiempo: se dirigió al teléfono, muy resuelta.

El teléfono...

Eso significaba algo. Y muy concreto. Iba a ponerse en contacto con alguien. Con su prometido, el reportero neoyorquino. O con la policía. Ambas cosas significaban un desastre para Jarrod. Y para sus planes.

—No intente mover ese teléfono, señorita —avisó Jarrod glacialmente—. Firmaría su sentencia de muerte inmediata.

* * *

Roger Cole cambió una mirada con el inspector Randolph, tras mostrar su credencial al agente que se la solicitara, así como comprobar debidamente su placa de identificación, colgada de su solapa, igual a la de todos los autorizados a circular por el edificio Watergate y de sus alrededores, en los momentos de la reunión cumbre que iba a tener lugar muy en breve allí dentro.

—Máxima seguridad —comentó—. Creo que no puede filtrarse ni un alfiler.

—Así debe ser, Roger —convino gravemente Randolph—. No nos gustaría una sorpresa desagradable, en ninguna forma.

—Entiendo —asintió Cole—. Han sucedido ya demasiadas cosas en

este país, durante las últimas décadas, para confiarse lo más mínimo.

—Exacto. La situación mundial vuelve a ser delicada. Nos movemos entre dos tendencias: los belicistas del Pentágono no quieren arreglos. Los políticos, creen que no hay otra solución, si se quiere evitar un aumento total de la tensión internacional.

—Sería la Tercera Guerra Mundial, Randolph —suspiró Cole.

—Y quizá la última —comentó sombríamente el federal, sacudiendo la cabeza—. No sé los que podrían sobrevivir a un caos semejante. La sola idea de que los «halcones» pudieran ganar su baza a las «palomas», me causa auténtico horror.

—De todos modos, hay «halcones» dentro de la zona de seguridad de Watergate —le recordó Cole—. He visto a uno de los más significados entre todos ellos: el general Hawkins.

—Oh, el viejo y coriáceo Hawkins... —reflexionó Randolph en voz alta, asintiendo—. Un hombre nacido para la guerra. Es temible que haya alcanzado un alto cargo en el Pentágono. Su modo de ver las cosas ha creado graves problemas que han llevado al presidente a restarle autoridad y llevarle la contraria de un modo decididamente oficial. Hawkins está molesto. Y es un belicista total. Gente así es la que me preocupa. Se creen más americanos mostrando una dureza inflexible y una virulencia desatada, sin comprender que el éxito de muchas cosas está en la mesura, la frialdad, la serena visión objetiva de los problemas internacionales... Pero con ser mucho todo eso, no es todo lo que me preocupa, Roger.

—¿Hay algo más? —se interesó Cole.

—Lo hay, sí —afirmó Randolph—. Existen rumores, insinuaciones...

—¿Qué clase de rumores?

—Algunas personas contrarias a la paz mundial, forman según se cree, una especie de organización belicista. Son gente de diversa mentalidad. Algunos se mueven bajo la idea de un erróneo patriotismo. Otros, por ideología. Y los más, por interés.

—¿intereses económicos? —aclaró Roger Cole.

—Sí. Industriales poderosos, magnates del acero y del petróleo, que se verían catapultados a mayores niveles de potencial económico, si sus productos fuesen básicos en una desesperada industria bélica... En fin, Roger, hay mil y un problemas que me hacen recelar de todo y de todos.

—Entiendo —asintió Cole—. Y luego está ese asunto... —¿Qué asunto? —indagó Randolph, distraído.

—Oh, tu amigo Mac Clure y la chica, Eve Allyson... ¿Los olvidabas ya, amigo mío?

—Eve... y Ernest... —repitió entre dientes el inspector federal. Meneó la cabeza, de un lado a otro—. No, no es fácil olvidar eso. Pero ¿por qué relacionarlo con lo demás?

—Bueno, sí ella sabía algo... y eran funcionarios, que estaban en contacto con círculos importantes de esta capital... He pensado que el accidente no fue casual, Randolph.

—Sabes que no hay evidencia alguna de que *no* fuera un accidente.

—Oh, por supuesto. Tampoco hay evidencias de que Oswald *no* fuese el asesino de un presidente. Ni de que Ruby actuase por su propia cuenta o pagado por alguien, cuando mató a Oswald. O que el jordano que disparó sobre otro miembro de aquella familia, durante unas elecciones de su partido, en Los Angeles, fuese realmente el que disparó o no. En estas cosas, nunca hay evidencias, nunca existe nada concreto, Randolph. Pero cuando lo inevitable sucede, todo se derrumba, y las cosas ofrecen un sentido y una lógica infinitamente más siniestros.

—Vas demasiado lejos —dijo Randolph, ceñudo—. Espero que esta vez no lleguen las cosas a ese extremo. Por eso se han extremado las medidas de seguridad. No habrá un nuevo magnicidio, estáte seguro. De eso me encargo yo; palabra.

Se detuvieron ante la hilera de ascensores de subida y bajada del edificio Watergate. Agentes federales, miembros de la Seguridad presidencial y otros funcionarios controlaban los accesos al edificio, como una densa red imposible de salvar. Un ascensor mostraba su cartel sobre la puerta cerrada:

«NO FUNCIONA»

Tuvieron que dirigirse al inmediato, que se abría en esos momentos, vomitando personal en el vestíbulo. De entre los que viajaban en la cabina, se acercó a ellos

Martin Miller, que llevaba consigo a tres periodistas extranjeros, uno de ellos de raza negra, portando en sus solapas el claro distintivo de Prensa extranjera. El joven delegado de Prensa de la Casa Blanca, saludó sonriente a Roger y al federal.

—Esto parece una fortaleza militarmente tomada —comentó, risueño—. Espero que todo vaya normalmente hoy. No puede ser de otro modo, con tanto policía en torno. A veces, tengo la incómoda impresión de que llevo a dos del FBI metidos en mis bolsillos, Randolph.

—Pues no se sorprenda demasiado si, al buscar su pañuelo o unas monedas para tomar una taza de café, se tropieza con ellos —rió el federal de buena gana—. ¿Mucho trabajo por su parte, Miller?

—Demasiado —suspiró el colega de Cole—. Creo que todos los periodistas del mundo se han dado cita aquí en este día. No es posible que seamos tantos, Roger.

—Sólo una pequeña representación de la especie —dijo Cole, riendo—. Si todos los reporteros del mundo se lanzaran sobre Washington,

tendrían que emigrar los políticos, para dejarles sitio en las calles. Somos una plaga, Martin.

—Completamente de acuerdo —convino irónico Miller. Luego, dijo algo a sus acompañantes, disculpándose, y prosiguió su camino, guiándoles.

Tomaron el ascensor que iba a subir nuevamente, tras recoger personal del vestíbulo. El ascensorista uniformado —provisto de su inevitable placa de identificación también— explicaba que los mecánicos se hallaban reparando el ascensor en la planta séptima. Roger Cole y Randolph cambiaron una mirada.

—Precisamente en mi piso —dijo el joven reportero del *Boom* neoyorquino—. Si hacen mucho ruido, quizá molesten a Jane...

Llegaron a aquella planta, abandonando su ascensor. El inmediato ofrecía su cartel de advertencia sobre la paralización de servicio, y dos mecánicos de «mono» azul oscuro, con distintivo de la empresa de ascensores, se ocupaban en ajustar la puerta correspondiente, para evitar posibles accidentes por imprudencia. Uno de ellos informó al ascensorista:

—Estará fuera de servicio aproximadamente un par de horas. Pero con el jaleo de abajo, es posible que tengamos que demorar la reparación hasta después de que terminen los políticos con sus jaleos...

De soslayo, Roger Cole, que se había vuelto muy desconfiado, observó que también los mecánicos de ascensores llevaban el inevitable distintivo de identificación sobre sus prendas de trabajo. Como Miller dijera, aquello era un auténtico territorio ocupado militarmente.

—Voy a ocuparme de los agentes de servicio en la escalera, entre los pisos ocho y quince —informó Randolph, encaminándose al fondo del corredor—. ¿Tú entras a ver a Jane?

—Sí —afirmó Roger, deteniéndose ante la puerta del apartamento ocupado por la joven—. Es posible que quiera ver de cerca al presidente, y ésta es su ocasión. Creo que no habrá problemas con ella...

—En absoluto —negó Randolph, risueño—. No creo que sea una conspiradora. Confiaré en tu prometida, y le proveeré de una placa de identificación.

—Muy amable. Procuraré vigilarla, de todos modos, muy de cerca. Nunca se sabe si uno va a casarse con una chica maravillosa, o con una magnicida en potencia —rió burlonamente Roger, pulsando el llamador de la puerta.

Randolph desapareció por la puerta de acceso a las escaleras del edificio. Los mecánicos se limitaron a mirarle curiosamente, de soslayo, y alejarse de la cerrada puerta del ascensor, tras dejar en ella el rótulo correspondiente, señalando la avería.

No respondió nadie a la llamada. Roger insistió, con idéntico

resultado.

Ceñudo, golpeó con los nudillos, por si Jane estaba encerrada en la ducha, pero resultó tan inútil como la anterior llamada.

Roger suspiró, sacudiendo la cabeza. Recordó que Jane le había dado un duplicado de la llave, por si en ausencia de ella quería descansar en el apartamento, tras sus agotadoras jornadas en Washington, aquel fin de semana tan movido.

Introdujo la llave, haciéndola girar y entrando en el apartamento. Cerró tras de sí, y aguzó el oído, esperando captar el rumor del agua sobre Jane, si se hallaba metida en la ducha.

—¡Jane! —llamó—. Jane, soy yo. ¿No estás lista todavía?

Jane no respondió. Cole iba a buscar por la vivienda, cuando descubrió el papel escrito, sobre la mesa, bien visible, entre el teléfono y un encendedor de pesado vidrio.

Se acercó, tomando el mensaje. Era breve, y escrito con la inconfundible letra de Jane:

«Roger:

»He salido para cumplir unos encargos. Tía Peggy me ha telefoneado. Está en Washington y debo acompañarla. Espero estar de regreso para ver al presidente. Te quiere,

»Jane.»

Roger Cole arrugó el ceño, sorprendido.

—Tía Peggy... —comentó—. ¿Qué diablos puede hacer ella en Washington ahora? Siempre ha detestado los viajes. Y esta ciudad, la aborrece. La verdad es que no la entiendo...

Se encogió de hombros. Cuando Jane lo decía, es que así sería. Pero le era difícil imaginarse a la tía Peggy, con su bastón y su artritis, viajando a Washington, D. C., lugar que le parecía «aburrido y detestable», según sus palabras;

Pero si así eran las cosas, era asunto de ellas dos. Por supuesto, tía Peggy no pudo ser autorizada a entrar en el edificio, y Jane saldría a recogerla. Confiaba en que no se perdiera el espectáculo de la llegada presidencial. Pero mucho iba a tener que correr Jane para ello, porque el tiempo pasaba deprisa, y no tardando mucho, el acontecimiento tendría lugar en el edificio Watergate.

Roger Cole regresó a uno de los ascensores en funcionamiento, y descendió a la planta baja, donde el ambiente era ya un auténtico maremágnum de personas, focos para la televisión, cámaras y cordones policiales.

Se cruzó Roger con un militar de gesto severo y facciones

halconadas. Sus condecoraciones aparecían sobre su impecable guerrera. Los ojos fríos del hombre se cruzaron un momento con los de Cole.

—El general Hawkins, del Pentágono... —comentó Roger para sí—. El primer enemigo del presidente, de la política de paz y de todo lo que no signifique guerra y violencia... No me gusta ese hombre.

Hawkins se perdía ya en el vestíbulo, entre otros muchos militares que no eran como él, sino colaboradores leales del Gobierno. Cole, recordando la mirada glacial que le dirigiera el militar al cruzarse con él, tuvo la desagradable impresión de que había implícita en ella un cierto desafío, una arrogancia enigmática.

Eso resultaba extraño, porque no se conocían personalmente los dos hombres. Pero quizá tal expresión fuese una actitud habitual en el soldado.

Recordó lo que le dijera Randolph: se rumoreaba sobre la existencia de una organización anti-presidencial. Una coalición secreta de «halcones», formada por políticos de ideología extrema, militares belicistas y magnates de la industria, ávidos de riqueza fácil. Cosas así habían creado ya tragedias nacionales en Dallas, en Los Angeles... como antes sucediera en Washington, en el palco de un teatro, muchos años atrás².

—Espero que la historia no vuelva a repetirse —comentó Cole para sí, preocupado.

Momentos más tarde, el circuito cerrado de televisión, en Watergate, difundía la información de que el presidente abandonaba la Casa Blanca para dirigirse a Watergate Building, a reunirse con su antagonista en las inmediatas elecciones, para un acuerdo cordial en política a seguir por la nación ante un difícil y tenso futuro.

Por su parte, un boletín transmitido por la NBC, advertía de que el candidato presidencial por el otro partido político nacional, igualmente encaminaba sus pasos a Watergate.

La Hora Cero se aproximaba.

Y con ella, aunque Cole lo ignorase en aquellos momentos, la sombra trágica de la muerte se cernía, ominosa, sobre Watergate, un edificio moderno y popular, condenado por la fatalidad a ser de signo negativo para la Casa Blanca y para el Gobierno de la nación.

El lugar elegido para el inicio de una coalición nacional, podía convertirse aquel domingo washingtoniano, en cripta donde se inmolasen y enterrasen los más limpios designios políticos y humanos.

Todo dependía de una acción secreta, fría y laboriosa; cronometrada en la sombra.

De un hombre, nada más.

Un hombre llamado Milton Jarrod, una máquina humana de matar, en cuyas manos estaba el destino de Estados Unidos. Y, con él, el destino

del mundo.

Capítulo VII

CONTRA RELOJ

LAS pantallas de televisión difundían una misma imagen, ya fuese en color en blanco y negro.

El automóvil presidencial, flanqueado por coches de su escolta oficial, avanzando por Pennsylvania Avenue, en dirección a Watergate Building. Alrededor, el clamor popular, en el lluvioso domingo de Washington.

De vez en cuando, la transmisión se interrumpía, para dar imágenes de otro coche, éste conduciendo al candidato por el partido contrario, el que disputaría la Casa Blanca al actual presidente, en las fechas inmediatas del año electoral.

Milton Jarrod estudiaba con frialdad las imágenes, en una pantalla cromática, allá en su apartamento solitario.

Ya se había vestido el traje elástico preciso. Encima, vestiría solamente un sobretodo, que ocultaría su indumentaria especial, adecuada para descender por el angosto patio, hasta el lugar señalado para la búsqueda de un blanco a través del muro. Un blanco preciso, matemático, del que alguien se ocuparía, situando al presidente y al vicepresidente justamente en línea sobre una recta imaginaria, trazada desde el cañón de su arma plástica, para terminar en los dos prohombres de la vida política americana.

El doble golpe mortal iba a sumir a la nación en el caos. La Constitución tenía prevista esa situación, era cierto. El vicepresidente subiría accidentalmente al poder. Y si él a su vez era víctima de algo, el presidente del Congreso ocuparía la vacante de modo provisional.

Pero también esas dos personalidades estaban sentenciadas a muerte. En el breve espacio de unos minutos trágicos y sangrientos, la matanza continuaría en Washington aquel domingo llamado a ser el más terrible de su historia. Todos los destinados a ocupar el puesto, serían eliminados sistemáticamente, hasta que un hombre, uno solo, ocupara el cargo, actuando como en un golpe de Estado, apoyado por sus leales, todos a punto.

Ese hombre sería el general Hawkins.

Y la primera acción de Hawkins sería, ante una nación estremecida, estupefacta por el baño de sangre, declarar públicamente que una

conspiración del exterior, una acción criminal extranjera, había dejado al país sin Gobierno ni control. Y él, en nombre de un Gobierno de emergencia, daría la orden tajante y decisiva: la réplica de América a la supuesta agresión exterior.

Los misiles tierra-tierra y tierra-aire, los grandes proyectiles de cabeza nuclear, serían lanzados inmediatamente sobre los objetivos previstos.

Sería el caos, la destrucción. Y la guerra declarada.

El pueblo, conducido con habilidad, justamente indignado por la masacre sufrida, aceptaría de buen grado lo irremediable. Ya casi todo estaría hecho.

Luego, el horror de la guerra, la angustia alucinante del cataclismo atómico, sería ya la única salida posible para los humanos.

Y todo eso estallaría ahora mismo: en el término de breves horas, en un domingo otoñal de Washington, en un ambiente de optimismo y esperanzas para el futuro. Comenzaría en un edificio llamado Watergate.

Y terminaría... en la noche eterna de la muerte y del holocausto del mundo.

Milton Jarrod conocía pocos detalles de ese plan. Le traían sin cuidado, además, porque él pensaba que las cosas nunca son tan terribles como la gente cree, y se llegaría pronto a una paz obligada, en la que los «halcones» habrían obtenido su feroz tajada. El confiaba en eso, cuando menos, para disfrutar el día de mañana del dinero ganado con su acción.

Pero ahora, a medida que se aproximaba el momento, la responsabilidad tremenda de su acción asesina, empezaba a minar un poco su optimismo. Quizá, después de todo, él iba a ser solamente la chispa que prendiera un inmenso polvorín.

Sólo que ya no podía volverse atrás. Había aceptado una tarea, y cobraba por ella. Su último trabajo. Allá los políticos y militares con sus responsabilidades. Él no era una cosa ni otra. No tenía odio especial a nadie. No buscaba más que su propio lucro.

Consultó su reloj. Ya era tiempo. Tenía que empezar la tarea lo antes posible.

Una tarea que aquella mujer estuvo a punto de estropear definitivamente. Pero ahora, el problema estaba solucionado. Jane no hablaría. Y cuando lo hiciese, sería ya demasiado tarde. Todo habría sucedido, y nadie la escucharía siquiera, en tanto el país entero se estremecería, recibiendo constantes noticias trágicas, de muertes violentas en diversos puntos de la capital, decapitando a cuantos pudieran ocupar el sillón vacío en la Casa Blanca...

Jarrod respiró hondo. Una total indiferencia, una fría e imperturbable decisión, asomó a su rostro, a su mirada metálica.

Era el de siempre. El profesional que estaba por encima de sentimientos y emociones.

Se encaminó al lavabo.

El momento de actuar había llegado. En la calle, la muchedumbre ovacionaba y clamaba. El presidente estaba llegando a Watergate.

El momento supremo se acercaba con rapidez. Con mucha rapidez.

Y ahora no había nadie que pudiera advertirlo. Nadie que pudiera evitarlo.

* * *

Roger Cole colgó el teléfono. Acababa de transmitir a *Boom* su primera información por vía telefónica. Su publicación lanzaría un suplemento dominical, dedicado a las noticias de Watergate, exclusivamente transmitidas por él.

Apenas había colgado, cuando la telefonista del edificio, en medio de la confusión de llamadas y de transmisión de informaciones, le llamó con un gesto, señalándole otro teléfono de la centralilla.

—Para usted, señor Cole. Una llamada particular, desde Nueva York.

—Gracias —Cole arrugó el ceño—. Creí que no se atendían ahora llamadas particulares...

—Para usted, sí —sonrió la joven operadora—. Instrucciones del inspector Randolph.

—Vaya, ignoraba que gozase de ciertos privilegios —tomó el auricular, interesándose—: ¿Sí? Aquí Cole, en Washington. ¿Quién llama?

—Soy yo, Roger —sonó una voz de mujer, distante. La confusión en torno al edificio, mientras el presidente subía los escalones de acceso a la puerta principal, casi ahogaba los sonidos telefónicos—. Soy la señora Hyer, ¿me conoces? La madre de Jane...

—Oh, ¿usted, señora Hyer? —se sorprendió el reportero—. ¿A qué debo esta grata llamada?

—Estoy viendo por televisión el reportaje que se transmite en directo desde Washington —dijo la dama—. Quería saber si todo va bien ahí, y Jane está cerca, para conocer al presidente, como era su deseo...

—Lo siento, señora, pero Jane ha perdido sin duda esa oportunidad por culpa de su tía Peggy —informó Roger—. Se ausentaron juntas y no han vuelto aún... Ahora, si me lo permite, debo colgar, porque mi obligación profesional me...

—¿Cómo dijiste, Roger? —sonó aguda la voz de la dama—. ¿Tía Peggy? ¿Qué tiene ella que ver en eso?

—Bueno, parece que ha venido a Washington, y se presentó en el apartamento. Jane dejó una nota, informándome, y...

—¡Roger! ¡Eso es una tontería! ¡Tía Peggy está ahora aquí, conmigo!... ¡En Nueva York de donde lleva años sin moverse! ¿Qué significa todo eso?

—¿Qué? —Cole se sobresaltó—. Señora Hyer, tiene que haber un error...

—Si lo hay, es tuyo o de Jane. Tía Peggy está sentada aquí, frente a mí, mientras telefono, y te aseguro que...

—¡Llamaré luego, señora Hyer! ¡No se alarme! —habló Cole, colgando bruscamente.

Estaba repentinamente pálido. Miró en torno, con sobresalto. El presidente cruzaba las grandes puertas vidrieras del edificio, en medio de su guardia especial, las cámaras funcionaban, disparadas constantemente por los fotógrafos.

De súbito, todo eso le parecía a Cole tremendamente lejano y vacío.

Ahora sólo podía pensar en Jane...

Jane...

Tía Peggy *nunca* estuvo en Washington. Pero entonces, ¿a qué venía aquella mentira de Jane? Era ridícula. No había motivo para engañarle. Bastaba que le hubiera dicho que salía a la calle, sin más explicaciones. Aquel pretexto no tenía sentido.

Y, sin embargo...

De repente, Cole se irguió, alarmado. Un frío sudor empapó su epidermis. Jane... Aquel mensaje...

El mensaje.

Sí, con letra inconfundible. Letra de Jeme. Pero grande, irregular, nerviosa. Y su texto... La alusión a la única persona que jamás haría tal viaje, y menos a Washington.

Ahí estaba la clave de todo. Le había dejado un mensaje en clave. Un aviso inquietante, cifrado. Y él, estúpido, terriblemente estúpido, no lo había advertido...

Alguien *obligó* a Jane a escribir la nota. Alguien que, previamente, y para no ser engañado, revisó los documentos de Jane, supo de una tía Peggy en Nueva York. Y Jane, aprovechando aquella oportunidad, citó a su tía en la nota, advirtiéndole así que «algo» anormal sucedía...

Rápido, corrió entre periodistas, agentes federales y miembros de la escolta presidencial. Alcanzó a Randolph cerca de la entrada al salón de conferencias, donde ambos hombres, presidente y candidato, iban a hablar.

—¿Qué diablos te pasa? —masculló Randolph, mirándole sorprendido—, ¿Has visto a algún fantasma tal vez?

—No, pero creo que he descubierto algo peor, Randolph.

—Me inquietas. ¿Suced algo? —se alarmó el federal.

Roger se lo contó escuetamente. Randolph ni pestañeó.

—¿Crees que le ha ocurrido algo a Jane? —masculló. Preocupado, miró hacia el presidente, que saludaba, sonriente, en medio del amplio vestíbulo, y se disponía a hablar ante los micrófonos de la radio y las cámaras de la televisión. Sacudió la cabeza—. Cielos, y precisamente *ahora*...

—No sé lo que ocurre, pero no me gusta esto, Randolph —dijo Cole con voz ronca—. ¿Puedo subir a la planta siete?

—Está bien, sube. No puedo ir contigo, pero si quieres a algún agente, yo...

—No te preocupes —rechazó Cole, corriendo hacia un ascensor sin pérdida de tiempo—. Yo buscaré sin ayuda de nadie. Jane tiene que estar en alguna parte...

—Maldita sea. Aguarda —cortó Randolph, ceñudo—. ¿Temes... un rapto?

—¿Por qué no? Es una chica de buena familia, quizá hayan pensado en un rescate...

—O algo peor —refunfuñó Randolph, siguiendo con la mirada al presidente—. Vamos, iré contigo. Quiero comprobar algo.

—Pero tú... tú has de preocuparte del presidente, de su seguridad.

—¿Y qué diablos crees que estoy haciendo? —refunfuñó Randolph, maldiciendo el tener que renunciar a un ascensor, por ser el averiado, y corriendo impaciente al otro, que ya descendía a la planta inferior—. Tengo que comprobar, sin lugar a dudas, que la desaparición de Jane y ese mensaje[^] no tienen nada que ver con lo que sucede hoy aquí...

—Cielos —Cole miró, rápido, al presidente. Un oculto temor le asaltó—. Randolph, ahora recuerdo algo. Jane... Jane creyó ver algo raro en los vecinos de apartamento...

—Pues vamos a comprobar todo eso, y enseguida —masculló Randolph, inquieto.

Y cuando entraron en el ascensor, su mano se hundía bajo la chaqueta, en la culata de su pistola reglamentaria. Subieron rápidamente al séptimo piso.

Revisaron todo el apartamento de Jane, con idéntico resultado al obtenido por Roger anteriormente. Sólo que esta vez la búsqueda era más minuciosa, y mayor su recelo. Llegaron a la terraza. Randolph estudió todo el lugar con cuidado. Luego, su mirada se clavó en la terraza vecina.

—¿Corresponde a los Jarrod? —indagó.

—Sí —afirmó Cole—. Creo que sí. ¿Qué pretendes?

—Saltar. Si quieres arriesgarte, hazlo. Pero no resbales. Caer de un séptimo piso no debe resultar agradable, Roger.

Randolph pasó al apartamento vecino con suma facilidad. Cole le siguió. Avanzaron por el recinto, escudriñándolo todo.

—Parece que no hay nadie —dijo Cole, ceñudo.

El federal no respondió. Pero repentinamente, se detuvo, con una imprecación. Penetró en una alcoba. Cole oyó su voz alterada:

—¡Entra! Mira esto, Roger...

Entró Cole. Sufrió un brusco sobresalto. El color huyó de sus mejillas. Sintió un raro temblor en las piernas.

—Muerta... —musitó—. La señora Jarrod...

—A golpes —asintió Randolph—. Asesinada, Cole.

No era la primera vez que veía un cadáver ante sí. Roger había sido hasta poco antes reportero de sucesos. Pero era diferente. Entonces no se trataba de hechos que pudieran tener relación directa con él o con Jane.

Y, sin embargo, esta vez...

La examinó más de cerca. Randolph había examinado una alianza de oro sobre la mesilla. Leyó en voz alta:

—Valerie Olson. No se llamaba Jarrod, como dijiste.

—Pues pasaba como la señora Jarrod. Quizá era sólo su amiguita.

—Ya. ¿Y dónde está ahora el señor Jarrod? —preguntó, rápido, Randolph.

—Me gustaría saberlo. Pero no creo que ande por aquí... —comentó Cole.

—No, tampoco yo. Roger, creo que aquí hay algo muy raro... —masculó Randolph, encaminándose rápido al teléfono del apartamento, que tomó con un pañuelo para proteger de huellas el aparato, y llamó abajo, solicitando agentes federales en la planta séptima. Al mismo tiempo, advirtió de que se extremaran las precauciones en torno al presidente y al candidato.

—Randolph, ¿dónde puede estar ese Jarrod? ¿Y Jane? —Cole parecía angustiado.

—Sé tanto como tú, amigo mío. Ni siquiera puedo aún decidir si estamos ante un vulgar asesinato pasional, un rapto con homicidio, o una maniobra para atentar contra la vida del presidente. Pero la posibilidad de que abajo, en estos momentos, el presidente pueda estar a merced de un maníaco o de un profesional, es para enloquecer a cualquiera. Lo cierto es que aquí no está ese Jarrod. Ni tampoco tú Jane. De modo que ven conmigo, y veamos lo que se descubre abajo.

—Randolph, la propia seguridad que impide entrar en este edificio a gente del exterior, es la mejor garantía de que tampoco nadie puede escapar de él sin ser controlado.

—Claro, Cole. Por eso preguntaremos a nuestro servicio de vigilancia. Si Jarrod o Jane salieron de aquí por su propio pie, tendremos sus datos registrados.

Descendieron en el ascensor que utilizaran para subir. Randolph se encaminó a un teléfono, solicitando una serie de datos al FBI. Luego,

habló con una oficina provisional montada en el vestíbulo, donde varios agentes federales llevaban computado el control de entradas y salidas en el edificio, durante las últimas veinticuatro horas.

Cole confirmó sin lugar a dudas que Jane Hyer no había abandonado el edificio. Y tampoco Milton Jarrod.

—He pedido informes al FBI sobre Valerie Olson y Milton Jarrod —habló Randolph, nervioso, mordiéndose el labio inferior. Consultó su reloj—. El presidente está terminando su alocución. Dentro de diez minutos comienza la entrevista de ambos hombres, en el Salón Azul de la planta primera. Nadie puede entrar o salir en esa estancia, sin un control rigurosísimo, y la detección antimetal, para prevenir la existencia de armas. No tiene ventanas ni aberturas de ningún género. Y aun así... no estoy tranquilo ya, Roger. No puedo estarlo.

—Yo vuelvo arriba —dijo Cole, nervioso—. Volveré enseguida.

—¿Qué pretendes, Roger? No hay nada por hacer allá arriba. Sólo desvirtuar indicios, si hurgas demasiado. Quiero huellas, por si no hay datos sobre ningún Jarrod en los archivos, y hay que recurrir al Gabinete de Identificación Federal.

—No temas. Sé lo que es una huella. Recuerda que he visitado muchos escenarios de asesinatos y robos, sin causar jamás problemas a la policía. Este trabajo se parece más al que siempre hice antes de ahora, Randolph. Sólo que... esta vez se trata de Jane.

—Sí, Roger. De Jane... y del presidente. No lo olvides.

Mientras esperaba a que el ascensor abriese de nuevo sus puertas, Cole afirmó, sombrío:

—No lo olvido, Randolph —declaró—. Pero tengo una cierta idea, y quiero comprobarla.

—¿Cuál es esa idea?

—Recuerda a Mac Clure y a Eve Allyson, muertos ante nosotros. Tal vez ellos sabían algo de lo que iba a suceder aquí, y fueron silenciados. Quizá también Valerie Olson podía revelarnos cosas importantes, y la asesinaron. Su esposo puede ser un ejecutor a sueldo. Pero si Jane se sintió curiosa hacia ellos y descubrió más de lo prudente... sería el mismo caso. Ahora tendrían que silenciarla a ella... si no lo han hecho ya. Y como, viva o muerta, NO HA SALIDO de este edificio en modo alguno... voy a buscarla, sea como sea.

—Cole, voy a ordenar a todos mis agentes esa búsqueda. No puedes hacer nada por ti mismo. Sería como buscar una aguja en un pajar.

—Pues la buscaré —declaró firmemente Roger, al abrirse la puerta del ascensor. Martin Miller descendía en el mismo, con un portafolios con sus iniciales, presuroso y activo. Al cruzarse ambos, Miller le miró con sorpresa.

—¿Qué te ocurre, Roger? —indagó—. Pareces preocupado... y estás

muy pálido.

—Se trata de Jane —dijo roncamente Cole—, Ha desaparecido. Lo siento, tengo mucha prisa. Esto es una lucha contra reloj.

—¿Contra reloj? —pestañeó Miller, mirando luego a Randolph—. No entiendo...

El federal le miró, ceñudo, mientras Cole desaparecía tras la puerta del ascensor.

—Amigo Miller, él busca a su prometida. Yo, a un asesino —dijo Randolph—. Y todo ello, si se relaciona desgraciadamente con lo que está desarrollándose aquí ahora... Cole tiene razón. Es una lucha contra reloj... y disponemos de muy pocos minutos, si la vida que ha de ser salvada es la del presidente...

El gesto de Martin Miller reveló un asombro sin límites.

* * *

Milton Jarrod llegó a nivel de la primera planta. Se detuvo allí, pegado al muro del patio, junto a una ventana pequeña, enrejada fuertemente. Su sistema adhesivo funcionaba perfectamente. Sus manos oprimían con fuerza el arma de materia plástica, provista de los proyectiles plastificados que llevaban dentro la muerte segura para dos hombres...

Era un ingenio mortífero y terriblemente eficaz. Silencioso, provisto de una carga capaz de perforar el muro y llegar a su destino inexorablemente...

Consultó de nuevo su reloj. Trabajar a ciegas, sin ver a la víctima, sin tener ante sus ojos el recinto, salvo mentalmente, tras memorizar de modo minucioso un gráfico detallado.

El lugar elegido carecía de aberturas, salvo la propia puerta, cerrada herméticamente y vigilada a ambos lados por hombres eficientes, de probada lealtad. Tampoco por ahí era posible llegar a sus víctimas.

Pero a través de un muro... ¿quién podía esperar la llegada de la muerte?

Faltaban sólo dos minutos para la señalada hora del encuentro. Luego, debía dejar pasar justamente otros tres minutos de margen. Y acto seguido... disparar.

Cinco minutos, por tanto.

Era el tiempo de que disponía. El tiempo que le quedaba a él. Y al presidente. Y al candidato. A él, para matar. A ellos, para morir...

Milton Jarrod apretó los labios. Puso el cañón del arma en el sitio matemáticamente medido, el muro de aquel angosto patio, totalmente olvidado por los sistemas de vigilancia, puesto que no conducía a sitio estratégico alguno.

El cañón oprimió la pared. Sólo cinco minutos después, su dedo

apretaría el gatillo. Y un extraño, poderoso, silente proyectil, perforaría los muros con su primera carga, conduciendo la segunda y mortífera hasta los cuerpos elegidos, cuya trayectoria matemática poseía grabada Jarrod en su memoria.

Los segundos fueron deslizándose, rápidos y monocordes en el reloj.

El tiempo se agotaba por momentos. Y nadie podía sospechar o prever lo que estaba sucediendo dentro del edificio llamado Watergate...

Capítulo VIII

ULTIMO MINUTO

EN el televisor, la imagen en color del presidente.

El apretón de manos, cordial y enérgico, a su rival en las elecciones, el candidato.

Presidente y candidato. Dos hombres para un puesto. De cualquier modo, presente y futuro de la política del país. Y del mundo.

Entre sonrisas, escoltados por sus respectivos vicepresidentes —uno en activo, otro sólo posible si triunfaba la candidatura ajena—, entraron en el Salón Azul.

Randolph, nervioso, tenso, se enjugó el sudor de su frente con un manotazo. No perdía de vista a ninguno de los presentes. Sus hombres formaban un enjambre activo y sigiloso, que se filtraba por doquier.

Pero cosa curiosa: no había nadie sospechoso. No había huecos o ventanas en el Salón Azul. No había explosivo alguno, los detectores lo hubieran acusado previamente.

¿Realmente, tendría algo que ver con el presidente, la desaparición de Jane Hyer y la muerte violenta de Valerie Olson? Randolph no podía estar seguro de nada. Pero tenía miedo.

Estaba seguro de que había algo. Algo más que no se le ocurría, algo que, tal vez, sí se le había ocurrido a un asesino oculto en la sombra.

Le llamó uno de sus hombres. Había llamada urgente del FBI. La atendió.

Carecían de antecedentes respecto a Milton Jarrod. En cuanto a Valerie Olson, la cosa era diferente.

Una vez estuvo mezclada en algo relativo a las drogas. Había sido actriz. Una actriz mediocre, especializada en alta comedia. No tenía mucho trabajo últimamente.

Randolph reflexionó sobre todo ello. El presidente y el candidato estaban acomodándose en sus asientos. Randolph recordó que alguno de los miembros de confianza del presidente, había sido compañero de trabajo de una muchacha llamada Eve Allyson...

Aquella maldita idea de que algo iba mal, de que algo era diferente a como él imaginaba... No, no lograba dar con la forma. No veía modo de que un intruso llegase hasta los dos hombres con arma alguna.

Y, sin embargo...

Buscó a Martin Miller. Estaba ocupándose también de sus colegas de la Prensa, cerca del presidente, en el Salón Azul. Pero ya se marchaba, reclamado por otras tareas. Randolph se aproximó a él.

—Miller —llamó.

—¿Sí? —el colega de Cole giró la cabeza—. ¿Necesita algo, inspector?

—No lo sé. ¿Usted conoce a todos los reporteros que están ahora frente al presidente?

—A todos, sí —afirmó risueñamente Martin—. ¿Por qué me pregunta eso?

—Oh, por nada —masculló Randolph—. Estoy preocupado, eso es todo. Pensé que podía haber ahí algún suplantador...

—No, no lo hay. Conozco bien a todos los que están presentes. Cada uno es, realmente, quien ha dicho ser. Sobre eso no existe la menor duda. ¿Qué teme, inspector?

—Lo peor —masculló él, alejándose, ceñudo.

El joven Miller le contempló, encogióse de hombros, y se alejó por entre la muchedumbre que ocupaba el vestíbulo.

Dentro del Salón Azul, la conferencia había comenzado. El primer minuto de charla transcurría entre ambos hombres.

Más allá de un muro impermeable a las miradas, la muerte esperaba su ocasión. Y faltaban sólo dos minutos para ello...

* * *

Roger Cole abandonó el apartamento de Jane. Había revisado de nuevo el de los Jarrod. Salvo las manchas de agua en el suelo del lavabo, no había descubierto cosa alguna. Jane seguía sin aparecer.

Los demás apartamentos de la planta estaban vacíos ese día. Randolph ya había comprobado eso anteriormente. La revisión de cada uno de los apartamentos, resultó nula.

—Sin embargo... tiene que estar en alguna parte. La han ocultado, viva o muerta, estoy seguro —murmuró Cole—. Pero... ¿dónde?

No era fácil la respuesta. El edificio era amplio, y ofrecía miles de posibilidades. Como dijera el federal, era lo mismo que buscar una aguja en un pajar. Casi imposible dar rápidamente con ella.

Y quizá en esa rapidez estaba la causa de todo. Si Jane apareciese a tiempo...

Roger Cole estaba convencido. Algo se preparaba en Watergate. Algo terrible contra el presidente o contra otros. Y Jane lo sabía. Jane lo había descubierto. Por eso fue atacada.

Luego, la ocultaron. Disponían de poco tiempo, no podían correr el riesgo de ser vistos en su compañía. Tampoco el de moverse con ella por el edificio, ni consciente ni inconsciente.

Una mujer desvanecida o muerta, llamaría la atención. Consciente y sana, sería ella quien intentaría algo desesperado para llamar esa misma atención. Y nadie recordaba nada, nadie sabía nada respecto a ella...

Las escaleras estaban ocupadas por agentes federales.

Los pasillos, también. Los ascensores eran utilizados por mucha gente, en ambas direcciones. ¿Cómo conducir a Jane sin ser vistos? Las posibilidades eran mínimas. *Tenía* que estar, según eso, en aquella misma planta. No había otra salida. En caso contrario, Jane hubiera sido vista por alguien.

Nervioso, tenso, Roger Cole paseó ante los ascensores. Se dispuso a tomar otra para volver a la planta, llamar a Randolph, exponerle su teoría...

Dejó atrás al ascensor averiado. Esperó que subiera el inmediato.

Súbitamente, Roger Cole clavó sus ojos dilatados en aquel rótulo colgado de una puerta:

«NO FUNCIONA»

—¡El ascensor! —rugió, repentinamente excitado.

Y corrió hacia la puerta, tanteándola, probando a abrirla estérilmente. Miró el indicador luminoso. Tenía encendido medio círculo con el número diez, y otro con el undécimo.

Parado entre las plantas décima y undécima...

Cole se precipitó dentro del ascensor inmediato. Pulsó el botón de la última planta del edificio. En aquel preciso instante, la voz del televisor, en alguna parte, hablaba de la entrada del presidente y el candidato en el Salón Azul...

* * *

Era la cabina de mecanismos.

Ruedas dentadas, otras giratorias, con bandas que se deslizaban, engrasadas, en torno a ellas... Cadenas, cables, contrapesos...

El corazón de las metálicas arterias de los ascensores del edificio, allá en la última planta. Abajo, el abismo de pisos y pisos, el hueco con los cables oscilando levemente...

Y una cabina parada en medio, entre dos pisos. Roger Cole respiró hondo. Se envolvió las manos en jirones de su propio sobretodo. Luego, se deslizó por el hueco, de modo suicida, aferrado a los cables del

ascensor.

Bajó vertiginosamente, y la tela impidió que ardiera su piel, al contacto con los cables. Alcanzó el techo de la cabina metálica, con seco impacto. La trampa superior, de seguridad, para la salida del ascensor, en caso de accidente, estaba herméticamente cerrada.

La tanteó. Ignoraba lo que esperaba hallar debajo de él, pero la luz de la cabina parada, se filtraba por las rendijas del techo.

Logró levantar la trampa por fin, con seco, chasquido. Asomó, para saltar al interior del averiado ascensor.

—Bienvenido, amigo —dijo fríamente una voz—. Entre, puesto que ha llegado. Pero cuidado cómo lo hace... o es hombre muerto.

Roger Cole descubrió un arma, una «Luger» con silenciador, apuntando hacia sus narices. Detrás, la figura de un hombre con «mono» azul de mecánico. Y en un rincón del ascensor, Jane Hyer, sollozando ahogadamente, sin posibilidad alguna de ser escuchada fuera de la cabina detenida entre dos pisos...

—¡Roger! —sollozó ella—. ¡Roger, van a asesinar a los dos! ¡Al presidente y al candidato... de un momento a otro!

Cole apretó los labios, impotente. El otro conminó, agitando el arma:

—¿Qué elige, amigo? ¿Entrar... o irse al hueco con una bala en la cabeza, hasta estrellarse allá abajo?

Cole decidió entrar en la cabina.

* * *

Sólo que lo hizo a su modo.

Entró con aparente docilidad. Pero al saltar, sus piernas se flexionaron de súbito, con la brutal elasticidad con que podría hacerlo un luchador de karate.

El impacto fue tan inesperado, que el arma escapó de los dedos del falso mecánico, disparándose con un seco taponazo. La bala silbó entre los cabellos de Roger.

El joven reportero cayó sobre el enemigo con todo su peso. Ambos hombres se enzarzaron en feroz pelea, en medio de los bamboleos amenazadores del ascensor inmóvil.

Jane, entretanto, se apresuraba a pulsar el botón de otro piso, y el ascensor, con los dos hombres enzarzados en su rabioso abrazo, comenzó a descender...

Pero no fue por mucho tiempo. Al alcanzar el piso séptimo, paró en seco. La puerta se abrió.

Y entró un segundo hombre, pistola en mano. Un hombre que avisó fríamente, poniendo el arma en la sien de Roger:

—Cuidado, Cole. ¿Quieres que te vuele la cabeza, querido colega?

Roger alzó la cabeza. Miró, asombrado, al que le amenazaba.

—¡Miller! —rugió—. ¡Tú... un traidor!

—Sólo uno más, entre tantos otros —rió Martin Miller, delegado de Prensa de la Casa Blanca, entrando en el ascensor, irónico—. Pero eso sí: un jefe de cédula en la organización. Vamos a conseguir nuestro propósito, amigo mío... y ni tú ni Jane vais a impedirlo.

—Y ese propósito, malditos seáis todos... ¿cuál es? —jadeó Cole, inmovilizado por el arma que le amenazaba tan directamente.

—Matar a todos los dirigentes del Gobierno —jadeó Jane, amargamente—. Entonces se harán ellos cargo del poder. Será la guerra atómica, Roger, con todas sus consecuencias. El fin de todo, ¿entiendes?

—Dios mío... ¿Y eso... cuándo va a ser?

—Ahora mismo —rió Miller, irónico—. El que hayas descubierto el escondrijo que imaginamos para tu prometida, no resuelve nada. Este es el último minuto. El último instante, en la vida del presidente, del candidato... y de muchos otros ciudadanos del país. La muerte del presidente será la señal para desencadenarlo todo...

Soltó una leve carcajada.

De repente, en alguna parte del edificio, hubo un alarido colectivo, gritos, confusión, estruendo de vidrios rotos...

Después, carreras, órdenes precipitadas, disparos de arma de fuego...

Martin Miller, con ojos centelleantes, informó a los dos horrorizados jóvenes:

—Ya han oído, muchachos. Es el fin de una época de debilidad y torpezas. El principio de una nueva forma de imponer la autoridad y, el poder en el mundo... El presidente ha caído.

Jane y Roger se miraron con infinito horror. El ascensor permanecía abierto. El mecánico y Miller salieron al corredor sin dejar de encañonarles.

Abajo, el estruendo y el caos eran totales. Ellos parecían haber dejado de tener interés alguno para los conspiradores. Y realmente, así debía de ser. Muertos los dirigentes del país, puesto el poder en manos de los mismos que desataron el complot criminal, ¿de qué serviría que nadie les acusara?

—Dios mío, Jane, es demasiado horrible —murmuró Roger.

Ella, asintió amargamente.

—Sí, Roger —sollozó— Demasiado horrible... pero ha sucedido. No pudimos evitarlo... Ahora, Milton Jarrod, el asesino, será cazado por los federales, pero ¿de qué servirá eso?

Cole no respondió. Súbitamente, había pulsado el botón del ascensor hacia la planta baja. Las hojas metálicas— de la puerta se deslizaron. Miller lanzó un juramento y se volvió, disparando su arma contra ellos.

Pero ya Roger se había agazapado a un lado de la cabina, protegiendo a Jane con su cuerpo, y evitando los balazos, que rebotaron en las puertas, hasta que éstas se cerraron por completo, y el ascensor, bajó vertiginosamente.

Jane le miró, angustiada. Y él a ella.

—Nos perseguirán por la escalera —susurró Jane—. ¿De qué servirá esto?

—Si el presidente ha muerto... tal vez de nada. Pero vale la pena intentarlo —jadeó Roger, con expresión belicosa.

Y el ascensor, al detenerse, abrió sus puertas con un zumbido suave. El periodista saltó afuera, con Jane en sus brazos.

En la planta, el caos era casi total. Un hombre yacía muerto en el suelo, cosido a balazos.

Llevaba un sobretodo y una malla. Le reconocieron enseguida:

—Es Jarrod... —dijo Roger roncamente.

Alzó la cabeza. Su mirada se encontró con la de Randolph. El federal afirmó:

—Sí, Roger. Es Jarrod. Planeó un asesinato perfecto...

—No él solo, Randolph —dijo roncamente Roger—. Ordena que arresten a Martin Miller.

—¡A Miller! —pestañeó Randolph—. De modo que es cierto lo que sospeché...

—¿Qué sospechaste? —se intrigó Roger Cole.

El federal llamó a sus hombres. Ordenó dar caza inmediata a Martin Miller y al general Hawkins, desaparecido de la escena del drama. Fuertes contingentes policiales acordonaban el Salón Azul del edificio Watergate.

—No sé. Fue una corazonada —explicó Randolph—. Se me ocurrió entrar en el Salón Azul y hablar con el presidente. Cambiaron sus asientos, desplazándolos a otro ángulo de la sala. Poco después era perforado el muro por un arma terrible, silenciosa y devastadora, desde un patio interior del edificio. Una carga plástica, explosiva, reventó sobre algunas personas y muebles, destrozándolos. Hay más de diez muertos, pero se salvaron el presidente, el candidato, el vicepresidente... Localicé el patio; y atacamos a Jarrod, que se vio cercado y no pudo huir. Ahí está. Creo que era sólo un asesino a sueldo, Roger.

—Lo era —afirmó Jane—. Su esposa lo supo hoy mismo, y por eso la mató. Me raptó a mí, por recoger un mensaje de ella... ¿Qué sucederá ahora?

—Nada, amiga mía. Que los asesinos pagarán su delito. Los, conspiradores deberán responder ante una Corte Marcial. Lo importante es que todo se ha salvado.

—Todo se ha salvado... —suspiró Cole—. En Watergate. Este edificio, fue una vez motivo de oscuros manejos y desprestigio político. Ahora, es todo lo contrario: renace la esperanza en un mañana de paz y convivencia mutua. Sí, Jane. Un edificio, un nombre, un lugar, no significa nada por sí solo. Es la gente quien le da su verdadero significado.

Tomó consigo a Jane, y salieron del edificio, sobrecogidos aún. Los federales no tardaron en llegar con algunos detenidos. Y con el cadáver de Martin Miller, el joven periodista.

Se había suicidado al conocer el fracaso del complot de Watergate.

* * *

Roger Cole escribió el mejor reportaje para *Boom*. No todo se reveló con detalles, porque muchas cosas hubieran dañado al país, más que beneficiarle. Pero el *top secret* tampoco fue total, y la gente pudo conocer con detalle la tragedia de Watergate, aquel día en que pudo terminar una democracia, la mayor y más poderosa del mundo, para dar paso a una terrorífica dictadura en el país más potente del globo.

Y con esa dictadura, incluso la guerra nuclear.

Y quizá el fin del mundo.

Jane y Roger Cole, cuando eran marido y mujer, recordaron muchas veces el drama vivido en aquellas terribles horas de tensión y angustia.

Y a veces, les parecía increíble haber vivido aquella peripecia alucinante en un lluvioso domingo washingtoniano...

* * *

Naturalmente, esto *nunca* ha sucedido *todavía*.

Pero... ¿es que no puede suceder mañana mismo?

Desgraciadamente, sí. Puede suceder en cualquier momento.

Y es mejor pensar que podría tener, también, un final feliz. Como esta ficción político-policíaca, en el edificio Watergate, de Washington, D. C.

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:
**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIAJAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

¹ Web: en inglés, telaraña, o red de araña.

² Aluden a tres crímenes políticos de gran trascendencia mundial: los asesinatos, respectivamente, de John F. Kennedy, del candidato Robert Kennedy, su hermano, y del presidente Abraham Lincoln, al término de la Guerra de Secesión americana.